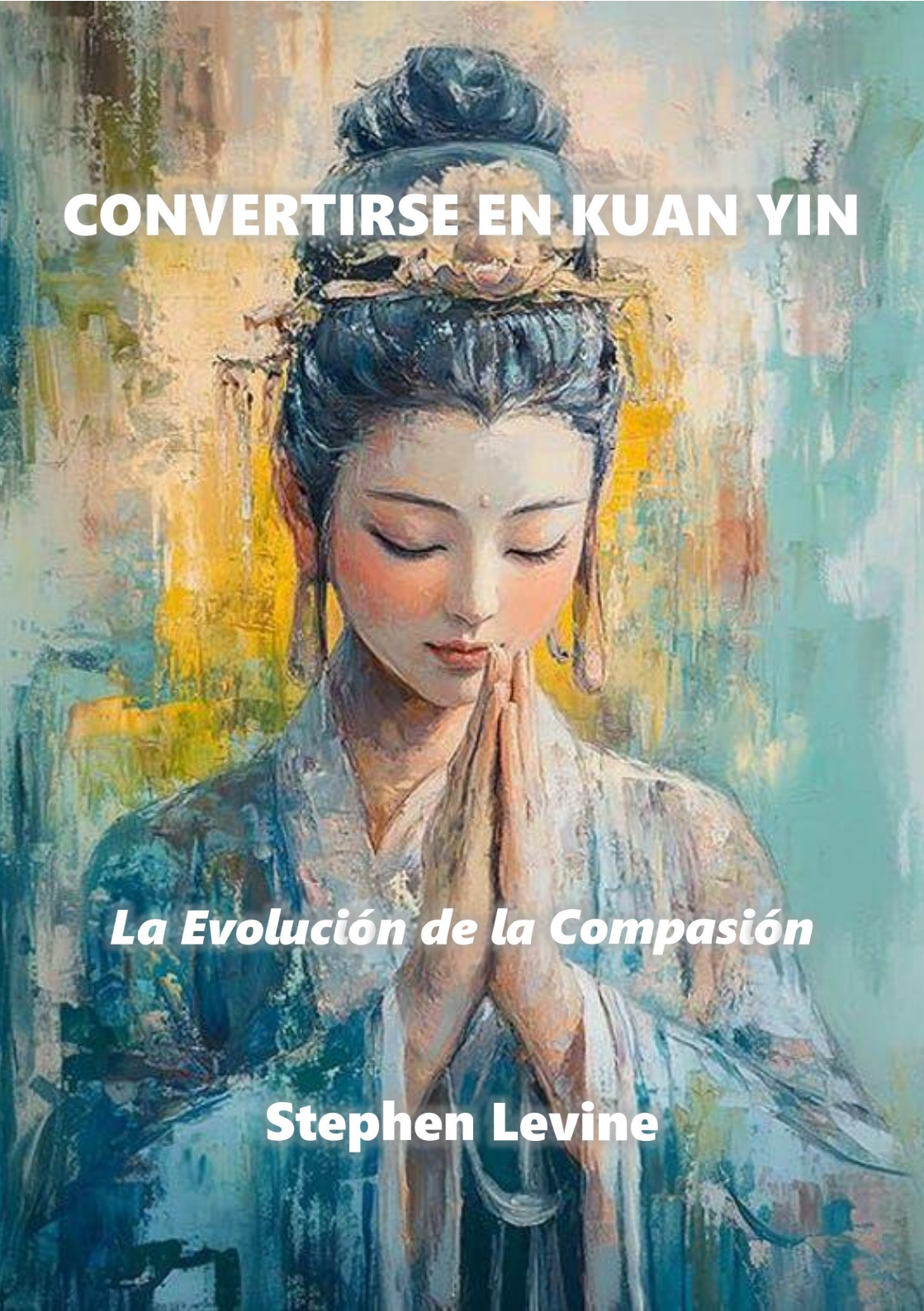


CONVERTIRSE EN KUAN YIN

La Evolución de la Compasión

Stephen Levine

CONVERTIRSE EN KUAN YIN

La Evolución de la Compasión

Stephen Levine

2013

Traducción y edición independiente
del ingles al español latinoamericano, sin fines de lucro
y solo con motivos de estudio y práctica, de

Diego Daleffe Xiàng Xī
迭戈 达莱夫 向 西

Sierra de los Comechingones - Argentina - Primavera de 2025

Elogios para "*Convertirse en Kuan Yin*"

"Tras décadas de dedicación de Stephen Levine al servicio compasivo, ¿quién mejor para contarnos la historia del viaje transformador de Miao Shan hasta convertirse en Kuan Yin, la Bodhisattva de la Compasión?"

—Ram Dass, autor de *Estar Aquí Ahora*

"La compasión es la raíz de la sanación. Es la puerta al verdadero milagro: un corazón abierto. En este extraordinario libro, Stephen Levine nos muestra por qué y cómo. Muy recomendable."

—Dean Ornish, M.D.,
Fundador y Presidente
del Instituto de Investigación de Medicina Preventiva,
Profesor Clínico de Medicina
de la Universidad de California, San Francisco,
autor de *El programa del Dr. Dean Ornish para revertir las enfer medades cardíacas*.

Una fábula poética y amorosa, llena de la misericordia de Kuan Yin y la devoción al amor que es la obra de vida de Stephen y Ondrea y su regalo al mundo.

—Jack Kornfield, autor de *Un Camino con Corazón*

Convertirnos en Kuan Yin es nuestra verdadera obra —la mía y la tuya— y un camino maravilloso que va de la cabeza al corazón, directo al espléndido universo de su corazón de Buda. Me inclino y reverencio al Buda radiante dentro de nuestra bondad innata original; ¡no la ignoren! La Compasión Incondicional es el camino, la verdad y la luz, y la tan esperada guía de Stephen nos lleva directamente a ella. ¡Nos vemos allí!

—Lama Surya Das, autor de *Despertar al Buda Interior*

Las historias de Kuan Yin que aquí se presentan son verdaderamente cautivadoras y liberadoras. A través de estas historias y de sus propias reflexiones, Stephen Levine nos anima a cultivar nuestra capacidad ilimitada de amor y compasión.

—Sharon Salzberg, autora de *Verdadera Felicidad*

Este libro expandió nuestra experiencia con Kuan Yin a un nivel inimaginable. Es un libro verdaderamente magistral

que sin duda se convertirá en un clásico. Realmente, sentimos que este libro fue escrito en las Puertas del Cielo. No encontramos ninguna separación entre el compromiso de Kuan Yin con su vida espiritual y el de Stephen y Ondrea con su vida y camino espiritual. Los Levine, de una manera casi mágica, hacen que Kuan Yin y su vida de compasión, amor bondadoso y caridad permanezcan muy presentes en la mente de cada lector.

—Gerald Jampolsky, M.D. y Diane Cirincione-Jampolsky,
Doctor en Filosofía

El libro transformador de Stephen sobre la vida, las enseñanzas y el ejemplo de Kuan Yin tiene el excepcional poder de transformar la vida de las personas al transformar su realidad. Durante meses he padecido un intenso dolor nervioso, pero no fue hasta que leí el libro de Stephen, "*Convertirse en Kuan Yin: La Evolución de la Compasión*", que mi corazón se abrió por completo a la práctica de un enfoque profundamente misericordioso y compasivo para mi dolor.

—Susan S. Trout, Doctora en Filosofía,
cofundadora y presidenta del
Instituto para el Avance del Servicio, Alexandria, VA

"El nuevo libro de Stephen Levine, *Convertirse en Kuan Yin*, es una obra maestra de una hermosa escritura que envuelve

al lector en una fluidez reverente. La historia del despertar, alternada con principios de práctica y meditaciones guiadas, abre el corazón y genera una profunda quietud interior. Una transmisión de amor extraordinaria y vibrante.

—Francine Shapiro, Ph.D., creadora de la terapia EMDR, autora de *Superando Tu Pasado*

"Buenas noticias: el cosmos es compasivo y Stephen Levine es un guía confiable hacia el Portal Universal. Profundamente enriquecedor. Un verdadero tesoro. Por favor, descubra y disfrute usted mismo de la peregrinación de apenas un metro y medio, de la cabeza al corazón. Absolutamente el número 1."

—Gary Gach, autor de *La Guía completa del Budismo para Idiotas* y fundador de la Mindfulness Fellowship

"Utilizando los mitos y la imagen de Kuan Yin y su montura dragón, Stephen Levine nos ha brindado meditaciones y reflexiones llenas de gracia sobre la práctica de una compasión intensa que constantemente expande los límites de lo que antes creíamos posible."

—Ralph Metzner, autor de *El Despliegue del Yo*

"Este libro tiene un corazón propio. Un corazón inagotable. Un corazón clarificado. Un corazón que conecta a la humanidad. Un recordatorio poético de que la iluminación no es un viaje mental, sino un viaje del corazón. Sentí que mi propia armadura emocional se desprendía un poco más con cada página. ¡Una lectura maravillosa!

—Jeff Brown, autor de *Formación del Alma*

"Kuan Yin sonríe exquisitamente en la escritura de Stephen. Bendiciones se esconden entre palabras y líneas, ansiosas de encontrar y ser encontradas, de consolar, sanar e inspirar."

—Paul Cash

"No considero este libro sabio y amoroso tanto como escrito por Stephen Levine, sino como un mensaje claro de la propia Kuan Yin."

—John Fox, Instituto de Medicina Poética
y autor de *Medicina Poética: El Arte Curativo de la Poesía*

ÍNDICE

Prólogo de Ondrea Levine *13*
Prefacio *15*
Agradecimientos *17*

1. Kuan Yin y el Principio del Mundo *19*
2. Buda Llega a China *21*
3. El Origen de Kuan Yin *27*
4. Miao Shan en la Puerta *37*
5. Miao Shan Observando *43*
6. Miao Shan en el Inferno *55*
7. Exiliado al Paraíso *65*
8. El Origen de la Canción *71*
9. Kuan Yin y los Dragones *87*
10. El Dolor del Rey Dragón *91*
11. Muchos Budas *95*
12. Sanación en Nuestros Sueños *99*
13. Por el Dolor *109*
14. El Vientre de la Compasión *117*
15. Tierra Pura *121*
16. Los Emisarios de la Compasión *127*
17. Long Nu *131*
18. Shan Tsai *139*
19. Reflexión sobre la Madre de Misericordia *149*
20. El Perdón *151*

21. El Maitreya Gradual *157*
22. Devoción a la Compasión *163*
23. Perdido y Encontrado *167*

Sobre el autor *171*

PRÓLOGO

Cuando conocí a Kuan Yin en una tienda de curiosidades en un callejón, el dueño la describió como "la que escucha los llantos del mundo". Me sentí inmediatamente atraída por ella. Kuan Yin era la guardiana misericordiosa, la sanadora y protectora de los que sufren y se sienten marginados. En aquel entonces, trabajaba con enfermos terminales y me identifiqué profundamente con ella. Me abrió el corazón. Al llevarla a casa conmigo esa tarde, confié tanto en lo que sentía que nunca pensé que necesitaría un libro sobre ella. Algunos me dijeron quién creían que era, y eso fue suficiente.

Tiempo después, leí *La Bodhisattva de la Compasión: La Tradición Mística de Kuan Yin*, de John Blofeld, y me di cuenta de que su presencia en el mundo tenía una profunda resonancia. Así que, cuando Stephen me dijo hace unos años que iba a trabajar en un libro sobre Kuan Yin y los emisarios de su compasión, me sentí encantada. Era la expresión natural de sus décadas de práctica espiritual. ¡Iba a ser una maravilla!

Una vez que Stephen empezó a escribir, las palabras le llegaron como caídas del cielo. Se emocionó al aprender de la extraordinaria transmisión, y esto influyó

simbióticamente en nuestra práctica. Kuan Yin era la Madre de la Misericordia que habíamos conocido durante tanto tiempo junto al lecho de los moribundos, ofreciéndonos una iniciación en el universo de su corazón.

Cada tarde, Stephen me leía el trabajo del día, y ambos lo recibíamos como nuestra siguiente enseñanza. Empezamos a recitar el mantra *Kuan shih yin pusa*, la locomotora del tren de Kuan Yin, del que éramos pasajeros agradecidos.

A medida que Stephen continuaba su labor de intentar recibir la esencia pura de Kuan Yin, imaginando lo que habría supuesto traer el mundo entero a su corazón, nuestro camino de servicio se abría aún más. Kuan Yin nos enseñó a rehabilitar la palabra "misericordia", a rescatarla de las sombras del "ten piedad de mí, un miserable pecador" y a ofrecerla como símbolo para los corazones anhelantes que tan bien conocíamos.

No incluyó ninguna de las historias milagrosas que rodeaban su imagen. Su lucha por llegar a ser lo que llegó a ser fue un milagro suficiente. Su presencia era muy necesaria en este mundo enfermo y herido, en este mundo lloroso. Nos honra ser considerados entre sus alumnos.

—ONDREALEVINE

PREFACIO

Durante años, la presencia de Kuan Yin impregnó nuestro hogar. Imágenes de ella enviadas por amigos, o como musa de nuestro hijo Noah, encontraron un lugar especial en nuestro hogar a lo largo de los años. Ella personificaba nuestra devoción al servicio y la misericordia que requiere ser un ser humano completo. Ondrea y yo habíamos conocido a Kuan Yin antes de conocernos, hace treinta y cinco años.

Su libro, compuesto de leyenda y práctica, llegaba como un dictado, casi siempre a las cuatro de la mañana. Al despertar, actuaba como un inocente espectador de lo que podría llamarse gracia. Leía línea tras línea, según iba anotando, las frases principales que esperaba poder recordar al despertar. A veces, para no interrumpir mi estado semimeditativo, semidormido, me escabullía de la cama y me sentaba en el suelo con una linterna y un cuaderno para transcribir lo que pudiera. Si el material me abría demasiadas puertas a la vez, me iba a mi ordenador en la habitación de al lado y hacía todo lo posible por registrar los mensajes que me llegaban al torrente de pensamientos.

Fue un regalo inconmensurable.

AGRADECIMIENTOS

A Ondrea, cuyo ejemplo inspiró este escrito.
Y quiero reconocer con gratitud y cariño a quienes me han guiado hasta aquí: el Rabino Wolk, Gautama, Shivananda, Rudi, Vivekananda, Rama Krishna, Ram Dass, Sujata, Sharon Salzberg, Jack Kornfield, Joseph Goldstein, el Karmapa, Su Santidad el Dalai Lama, Li Po, Tu Fu, Pu Tai y Dooley.

Y a esos amigos que hicieron realidad este libro, en particular a Jan Johnson, quien me escribió sin previo aviso y me dijo: "Envíame lo que tengas", y a la visión editorial de Gary Leon. Y a mis compañeros de armas, Lee Quarnstrom, Gary Gach, Raghu y Paul Cash.

Capítulo 1

KUAN YIN Y EL PRINCIPIO DEL MUNDO

Namo Kuan Shih Yin Pusa.
"Saludos a la bodhisattva Kuan Yin".

Para conocer a Kuan Yin, necesitamos soltar todo aquello que no es amado, que es juzgado y forjado por los viejos apegos mentales. Ella es el amor incondicional que trasciende la mente condicionada.

Una fuerza ancestral se invoca al entregar, una y otra vez, los obstáculos de nuestra miseria secreta y nuestro sufrimiento evidente, para rendirnos a la luz de nuestro Corazón Original.

Detrás de la mayoría de los grandes Budas de los templos asiáticos, hay una cortina donde descansan una pequeña figura de Kuan Yin y un quemador de incienso, y un cómodo lugar para sentarse en el campo del Dharma conecta el corazón de los suplicantes con la presencia infinita de su amorosa bondad. Y detrás de todo esto, la Naturaleza de Buda, el fundamento de nuestro potencial para la liberación y la liberación del sufrimiento de todos los seres sintientes.

Al abrir la puerta de Kuan Yin, descubrimos partes de nosotros mismos casi indescriptibles. El anhelo de experimentar directamente nuestra naturaleza luminosa.

La mayoría de quienes reconocen su nombre consideran a Kuan Yin una bodhisattva celestial del panteón budista posterior, y quizás incluso su musa. Algunos la consideran inmortal en la tradición taoísta. Responde a muchos nombres sagrados: Avalokiteshvara, Tara, Chenrezig, la Madre María, la angelical Bernice, quizás Isis, Krishna, por supuesto, y genéricamente (e incluso genéticamente) como la Amada. La esencia que revela nuestra Unidad indiferenciada, que es la mente incondicionada, no es otra que el amor incondicional.

Capítulo 2

BUDA LLEGA A CHINA

Durante siglos, la devoción en el budismo se reservó principalmente para una profunda gratitud por el Budadharma y la práctica meditativa. De hecho, la devoción se reservaba para un maestro amado, pero poco más.

Cuando Siddhartha Gautama emergió como Buda de debajo del árbol bodhi, afirmó enseñar únicamente "la causa y el fin del sufrimiento", principalmente a través de una atención plena precisa. Hasta el día de hoy, esta es la base de todas las tradiciones budistas que la siguen.

Décadas después de su iluminación original y sus primeras enseñanzas, las enseñanzas posteriores del Buda, conocidas como el Segundo Giro de la Rueda, expandieron el ya sólido núcleo del budismo. Las enseñanzas extendidas añadieron diversas representaciones celestiales de estados mentales poderosos, familiarizando a la gente con las mismas cualidades que la atención plena exploraba. Estas personificaciones de estados mentales, aflictivos y regenerativos, fueron un medio hábil para mantenerse en medio del a menudo arduo camino de la liberación personal y comunitaria. Por ejemplo, la imagen de Manjushri listo,

con la espada en alto para someter a ogros y deidades iracundas, representa la eliminación o liberación de los obstáculos que se abren al corazón. Tara, Avalokiteshvara y, por supuesto, Kuan Yin nos recuerdan la bondad amorosa y la compasión, el perdón y la ecuanimidad.

Esta escuela Mahayana del budismo empleó naturalmente los Maha Viharas, las grandes moradas de la sabiduría y el servicio, como la misericordia, la gratitud, la generosidad, la perseverancia, la devoción a la práctica y la alegría compasiva, que fortalecen la liberación de la mente y la revelación del corazón.

Difundidas desde el norte de la India por la Ruta de la Seda hasta partes del este y China, estas enseñanzas Mahayana, o de la "gran balsa", ampliadas por las nuevas percepciones e interpretaciones de los adeptos bodhisattvas, se convirtieron en la activación de la enseñanza compasiva para servir, para aliviar el sufrimiento de todos los seres sintientes. La escuela Mahayana creó algunas de las enseñanzas más notables del budismo, como el *Sutra del Diamante*, que se convirtió en la base de una práctica que reconocía campos más amplios de conciencia/realidad y reinos más profundos de responsabilidad, sobre los cuales se practicaba el Budadharma. Estos incluían un misticismo intuitivo, derechos de empoderamiento, elementos chamánicos de prácticas curativas y la influencia de enseñanzas misteriosas, dirigidas por maestros iluminados, hombres y mujeres, que incluían pero iban más allá de las primeras enseñanzas.

En China, Kuan Yin dio forma a lo sin forma a través del loto abierto de su corazón, lo que le permitió convertirse en quien escucha los llantos del mundo. Personifica el alivio del sufrimiento y se convirtió en un factor organizador clave en el amplio componente devocional de las enseñanzas posteriores del Buda. El voto que hizo fue: "Mientras el espacio perdure, y mientras los seres vivos perduren, hasta entonces, que pueda yo también permanecer para disipar la miseria del mundo".

Llevada a través de la Ruta de la Seda hasta China, Kuan Yin se convirtió en una profunda influencia espiritual y social que visualizó una Tierra Pura ideal, un entorno perfecto para las perfecciones del trabajo más profundo de la práctica con una mayor concentración, iluminada por el corazón, incluido un reino físico astral según algunos cálculos, una realidad psicológica ciertamente, y sin duda un asunto del corazón, traído al nacimiento y al lecho de muerte.

En el *Sutra del Loto* se reconoce por primera vez que las mujeres son capaces de alcanzar la iluminación. En los primeros años del budismo indio, el bodhisattva de la compasión se albergaba en un cuerpo masculino, representado como Avalokita (abreviatura de Avalokiteshvara). Así, Kuan Yin encarna los aspectos masculino y femenino que unen al todo.

Algunos dicen que Kuan Yin, habiendo sido hombre durante siglos antes de nacer en la conciencia colectiva china

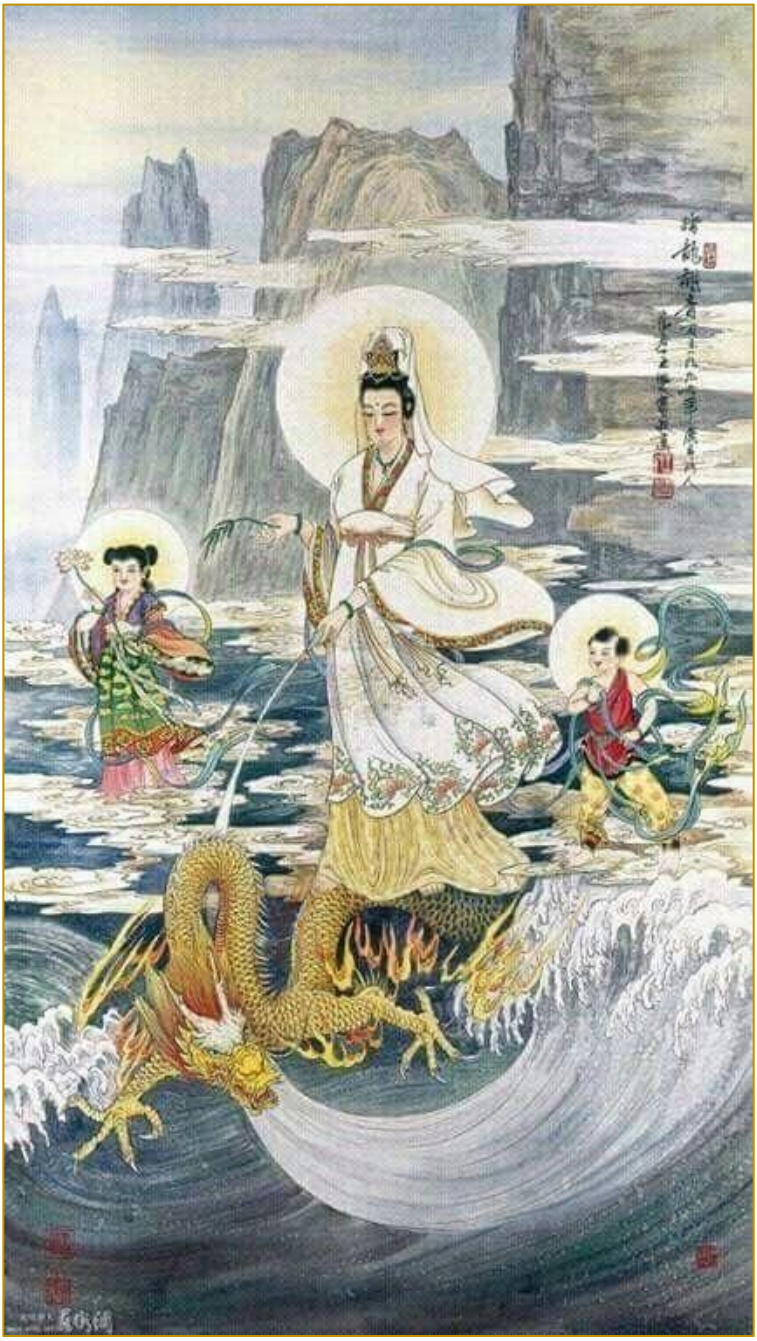
en su forma femenina actual, creó el equilibrio perfecto entre el yin y el yang, el ánima y el animus, lo que la preparó a la perfección para ser, como muchos creen, el Buda de la era actual. Kuan Yin es la primera Buda femenina reconocida.

Se dice que un bodhisattva puede manifestarse en cualquier forma en la que aquellos necesitados puedan percibir con mayor facilidad, en cualquier forma que las enseñanzas de la compasión requieran, ya sea hombre o mujer, joven o viejo, de este mundo o de otro, fantasma, dragón, pez, animal, pájaro o incluso zarza ardiente. Ella vino a mí como Kuan Yin. Elevada a la categoría de diosa por millones de agradecidos, es venerada por la luz que ha traído y el sentido de protección que ha infundido en muchos. Es vista como un refugio para el corazón. El *Sutra del Loto* dice que cualquiera, incluso una persona de casta "inferior", puede liberarse antes que un viejo brahmán ocupado jugando con su anillo de oro para el dedo del pie si su corazón está completamente volcado hacia el bienestar de los demás y se actúa con compasión.

El sutra también reconoce que la liberación es invitada por una gracia misericordiosa. Que el espíritu innato puede alcanzarse en un repentino y abrumador destello de claridad. ¡Era un mundo completamente nuevo de igualdad espiritual!

Las prácticas Mahayana se arraigaron en diversas culturas, como el Vajrayana en el Tíbet y el Zen en Japón. Kuan Yin y el budismo, llamados la "Luz de Asia", cruzaron las grandes aguas y fueron acogidos en toda América y Europa, como

predijo la profecía tibetana: “Cuando los carros corran sobre raíles y los pájaros de hierro vuelen en el cielo, la luz cruzará el sol rumbo al oeste”.



Capítulo 3

EL ORIGEN DE KUAN YIN

Existen muchos relatos sobre el origen de Kuan Yin, pero la historia con más versiones es la de Miao Shan, la compasiva hija de un temido déspota y usurpador del trono durante otro período de agitación en China. Al contemplar los escritos de Lao Tzu, Confucio, Li Po, Chuang Tzu y muchas otras mentes y corazones, Miao Shan llegó a percibir su experiencia. Poeta por derecho propio, se absorbió en los escritos del Buda Gautama. El *Sutra del Corazón*, posterior a la evolución de Miao Shan hacia Kuan Yin, contiene la *Prajna Paramita*, también conocida como el *Sutra de Kuan Yin*, que aún se canta en todo el mundo budista.

Miao Shan nació en la cultura Miao, conocida por su reverencia animista hacia todos los seres vivos, base heredada de su memoria espiritual.

Siguiendo la tradición del clan Miao, se plantó un árbol al nacer Miao Shan y se taló tras su muerte para construir su ataúd. A medida que crecía, el *Ficus religiosa* de Miao Shan, el árbol bo, también creció con ella.

Aunque vivía en un ambiente de ira y violencia, Miao Shan encontraba tiempo para escaparse del palacio y pasear por el bosque. En un claro soleado, cuidaba un retoño que consideraba el Árbol de la Vida y todos los elementos sagrados de la naturaleza que lo rodeaban y nutrían. Cantaba para él, como el centro del mandala de los espíritus del bosque. Recogiendo piedras de un arroyo cercano, trazaba senderos laberínticos que se extendían en espiral desde el corazón del árbol. Recorrió los senderos a diario; sus canciones y los senderos se expandían desde el centro.

Cuando su padre supuso que Miao Shan sufría ataques de llanto emocional durante sus frecuentes desapariciones en el bosque, en realidad era que se sentía dichosa y experimentaba una profunda interconexión con toda la vida. De niña, era conocida por sentarse bajo el árbol a conversar con tigres y lirios tigres. Las flores de cornejo cubrían su alfombra de seda con una sombra moteada. Le encantaba yacer escondida en la sombra moteada mientras la luz danzaba brillante y suave a través de sus sueños de una tierra sagrada para los animales que amaba y protegía. Su primer sueño de los mundos de la conciencia que la aguardaban.

Miao Shan creyó oír al gran koi salir a la superficie en el estanque cercano con una palabra que salía de sus labios: "Recuerda". Siempre admiró a las carpas por su inteligencia y franqueza. Los peces parecían más felices que la mayoría de las personas.

Las libélulas sumergían sus largas púas en el agua y escribían fórmulas poéticas para el aire que anhelaba su música; el zumbido y el zumbido de destellos de color con alas de hada trenzaban la melena del león visitante en la superficie brillante del agua. Todo tenía voz. Los insectos, los peces y el estanque tenían su propia música. Miao Shan cantaba en armonía.

Las libélulas sumergían sus largas púas en el agua y escribían fórmulas poéticas para el aire que anhelaba su música; el zumbido y el murmullo de destellos de color con alas de hada trenzaban la melena del león visitante en la superficie brillante del agua. Todo tenía voz. Los insectos, los peces y el estanque tenían su propia música. Miao Shan cantaba en armonía.

Pájaros heridos revoloteaban con las alas rotas sobre su manta, esperando. Sus pequeños huesos huecos de vuelo se unieron y se asentaron casi instantáneamente, como si el tiempo fuera maleable en sus manos ahuecadas, abiertas en oración por su próximo vuelo dentro o fuera de su cuerpo.

Aunque era solo una niña, de alguna manera comprendía. Reconocía lo frágil que era la vida y cuánto dolía la compasión. Sus manos, suaves como el plumón, calmaban a los pájaros mientras sanaban o morían, ambos a la luz de su paciente bondad.

Aunque era solo una niña, de alguna manera comprendía. Reconocía lo frágil que era la vida y cuánto dolía la compasión. Sus manos, suaves como el plumón, calmaban a los pájaros mientras sanaban o morían, ambos a la luz de su paciente bondad.

Los animales salvajes se acercaron y luego se detuvieron, no por miedo, sino en reverencia a su ensoñación, sin querer interrumpirla. Cuando alzó la cabeza, el zorro y la liebre, el lince rojo y la rana toro se acercaron como suplicantes originales ante el sol. Respirando tranquilamente, Miao Shan escuchó cada letra única con un corazón que podía oír el dolor del mundo. A veces armonizaban sin querer, haciéndola reír, mientras las oscuras hojas verdes de las hojas revoloteaban en su aliento que bendecía el mundo.

Las pocas personas a las que se les permitía acercarse a ella por edicto se maravillaban de lo alegre como una niña que era, considerando el oscuro manto que impregnaba el palacio.

Ajena a su despótico padre, Miao Shan alimentaba a los ciervos en el patio, generalmente seguida por un jabalí de gran tamaño cuya pata rota había envuelto con hojas de bambú y sujetado con una cinta de seda. Su leve cojera le granjeaba aún más su cariño. Era todo un espectáculo ver a Miao Shan y a sus amigos animales descansando juntos junto al arroyo, ver al jabalí roncando ruidosamente a un lado, con la pata en su regazo, mientras que el tigre que había criado desde cachorro, considerablemente más grande

que ella para entonces, se estiraba y ronroneaba contra ella al otro.

En el otoño de su noveno año, dormitando a la luz de la luna, una pequeña culebra verde esmeralda, buscando calor, se acurrucó bajo su brazo y permaneció inmóvil hasta que un miembro del personal del palacio la despertó. Miao Shan la encontró encantadora y, sosteniéndola suavemente en la palma de la mano, la llevó a escondidas a su dormitorio. Metió a Greenie en el bolsillo de su pijama de seda y se acostó boca arriba para dormir, diciéndole a sus pensamientos que la despertaran si se daba la vuelta, ya que podría lastimar a esta hermosa criatura. Varias veces se despertó durante la noche al sentir el hombro contra el colchón, pero su corazón la despertó. Por la mañana, su suave y verde amiga permaneció descansando tranquilamente en el fondo del bolsillo de su camisa.

Mantuvieron lo que para ella parecía una amistad inquebrantable durante semanas, mientras él le enseñaba a permanecer completamente quieta incluso mientras dormía. Era su primera clase de yoga. Lo alimentó con huevos de hormiga hasta que pudo liberarlo para que se deslizara por la fragante hierba. Una iniciación de una criatura tan pequeña en un mundo tan grande, Greenie se deslizó bajo el árbol, para permanecer para siempre en el corazón de Miao Shan. Habiendo aprendido algo sobre el control de la mente y lo valiosa que podía ser la quietud.

Existen numerosas historias sobre la relación de Miao Shan con reptiles y otras criaturas cuyos corazones permanecían más cerca de la tierra, una transferencia de energía proveniente de las místicas *nagas* de la antigua India —los canales de energía que atraviesan el cuerpo humano y la tierra viva— a menudo representadas como las grandes cobras que encapuchan protectoramente a deidades como Shiva. Y, por supuesto, los más espiritualmente energéticos de todos, con quienes Miao Shan mantuvo una relación de toda la vida, fueron los benévolos dragones de los Mares del Sur.

Tras su transmigración en la bodhisattva celestial Kuan Yin, se rumoreaba que a menudo se presentaba a las personas en sueños, como animales, para alentarlas a ser emisarias de su compasiva protección de la tierra. En ocasiones, se aparecía como una serpiente dorada —aterradora al principio, pero luego entrañable— para demostrar el miedo a la naturaleza y, finalmente, el amor por su belleza infinita. El tema de la transformación del miedo en amor era una enseñanza muy común que impartía a muchos. También se presentaba en ocasiones como un tigre o una pantera para demostrar la posibilidad de que la bondad amorosa apaciguara la naturaleza salvaje entre el corazón y la mente, renunciando a todo lo que impide una mayor entrada a lo que yace más allá.

A medida que Miao Shan se acercaba a la adolescencia, se la oía en su habitación recitando un *gatha* muy querido, cantando un himno o un cántico. Su padre, que despreciaba

la absorción de su hija en asuntos espirituales, un soberano con considerables manchas de sangre, temía verla cuidando animales del bosque y dijo con desdén que podría "convertirse en nativa" si no se casaba pronto con "un militar fuerte". Quería tener hijos varones, pues sus otras dos hijas, para su decepción, solo habían dado a luz mujeres, ¡y quería un heredero al trono pronto!

Su padre, intentando doblegar a Miao Shan, la obligó a realizar lo que él consideraba "trabajo de esclavos": limpiar los desechos de los establos, algo que los miembros más ricos de su corte consideraban un abuso atroz, pero que para ella era una bendición. A Miao Shan le encantaban los caballos. Y para obligarla aún más a obedecer sus órdenes, a casarse como él insistía, aunque fuera en contra de su buen juicio, la empujó a la cocina para trabajar con los verdaderos esclavos (prisioneros de guerra y concubinas desheredadas). Pero su alejamiento de los lujos del palacio, en lugar de llenarla de la autocompasión pretendida, cultivó en ella una profunda empatía por sus compañeros de trabajo maltratados, otro nivel de afinidad con aquellos en apuros a quienes hacía todo lo posible por apoyar.

Su preocupación por los trabajadores de la cocina y el establo, ayudándolos con sus labores y escuchando las penas de quienes estaban "por debajo" de ella, solo reforzó la ira del rey, que sentía una gran necesidad de "un hombre fuerte que la hiciera obediente a su alto cargo". También sentía que Miao Shan bien podría estar muerta si no accedía a sus exigencias, su última oportunidad de conseguir un

heredero varón para mantener su linaje. Pero esto no iba a ser así, pues ella iba en contra del fascismo social común que dictaba que las hijas debían casarse para favorecer las alianzas del padre y los hijos debían morir en batalla. Y se preguntó qué más se podría hacer para doblegarla a su determinación.

Miao Shan despertó una mañana tras soñar que seres celestiales la invitaban a acercarse y la abrazaban. Experimentó lo que siempre había sabido: que este amor infinito de la divinidad innata era la inmensidad que le había sido otorgada para distribuirla en un mundo sufriente. Embargada por el éxtasis, podría haber flotado libremente hacia los reinos celestiales, pero sintió que no podía abandonar la tierra sola, como tampoco se abandonaría a un niño indefenso.

Sabía que la vida monástica era su única opción. Aunque otros, aturdidos por el deseo, anhelaban el romance, a ella le parecía que, naturalmente, anhelaba el profundo silencio que convenía al espíritu. Mientras sus hermanas fantaseaban con jóvenes capitanes y príncipes de alta alcurnia, ella se preguntaba sobre la naturaleza del corazón del bodhisattva. No necesitaba elegir más.

Miao Shan no pensaba en términos de felicidad, sino en la plenitud que experimentaba al ayudar a los demás, y se refugió en las entrañas del palacio, donde conoció a esclavas y trabajadoras que trabajaban bajo la amenaza de violencia si no cumplían con las expectativas de los guardias y, en

especial, de su padre. Aunque reticente al principio, su honestidad y amabilidad le permitieron trabajar con las trabajadoras enfermas en la oscura cocina, junto a los hornos y los fogones. Llevaba a los débiles y enfermos cada día todas las medicinas, ungüentos, alimentos y tónicos que podía reunir. Luego, tenía que volver a escondidas a su habitación a altas horas de la noche para lavarse el hollín de la cara y bañarse antes del amanecer. También descubrió que trabajar en los establos cuando tenía la oportunidad, cerca de los animales y trabajadores que tanto admiraba, le fortalecía el corazón. Cada día se fortalecía más su determinación de convertirse en una renunciante y vivir la vida de quien se compromete con la perfección del espíritu.

Capítulo 4

MIAO SHAN EN LA PUERTA

Firmemente opuesto al compromiso de su hija con la vida espiritual, el rey le prohibió a Miao Shan salir del palacio. Ella le suplicó que la dejara seguir su camino natural, pero él proclamó su norma absoluta: seguir su retorcida versión de la piedad filial o ser una niña ingrata y maldita.

Cuando ella seguía negándose a la exigencia de su padre de casarse y tener hijos para mantener el poder de su dinastía, el rey urdió una venganza. Buscó un reino infernal donde quebrantar su espíritu. Pero ella insistió en que no tomaría marido y solo deseaba seguir su propio camino.

Acosada por su insistencia en que se casara, finalmente pareció ceder y dijo que sí se casaría con la condición de que él le encontrara un esposo que pudiera decirle cómo superar el sufrimiento de la enfermedad, la vejez y la muerte inevitable.

Cuando el rey, por supuesto, no pudo encontrar a nadie que cumpliera sus exigencias, enfurecido por no poder disuadirla de su piedad, obligó a la abadesa de un convento local, bajo amenaza de quemar el convento hasta los

cimientos si no accedía, a aceptar a Miao Shan como neófita y torturarla hasta que se derrumbara. A imponerle las tareas más viles e infames que se les ocurrieran, deseándole una vida tan repugnante que correría a casa a cumplir sus órdenes. Y las monjas, aterrorizadas, bajo la amenaza de que su convento fuera destruido, hicieron todo lo posible por convertir la vida de Miao Shan en un infierno, y al ser un convento de quinientas monjas, tuvieron muchas oportunidades.

Sin saberlo, Miao Shan aceptó con gusto la oportunidad de entrar en un retiro espiritual. Le dieron una celda diminuta, desolada y sin ventanas, con un frío suelo de piedra como cama. Con instrucciones de limpiar hasta la última mota de polvo gris de los viejos muros de piedra de todos los edificios, casi cegada por las afiladas partículas de piedra que caían con cada pasada del cepillo, perseveró durante muchas semanas y, además, le ordenaron que limpiara la basura cada mañana y cada noche antes de poder dormir. Limpiaba las letrinas y los corrales, y finalmente, fatigada o no, le ordenaron que atendiera a las numerosas monjas ancianas enfermas y moribundas.

Casi todas las noches la despertaban bruscamente de su sueño exhausto para atender a monjes enfermos, vaciar continuamente sus bacinillas y limpiar la sangre, el pus y el vómito del suelo. Al principio, se sentía consternada y tenía que insensibilizarse al penetrante hedor de sus enfermedades. Incluso se lamentaba a veces cuando la bazofia de las bacinillas le caía sobre las manos. Vio la vida

"privilegiada" a la que estaba acostumbrada y comprendió, como Siddhartha al renunciar a su palacio y encontrarse en un mundo miserable y sufriente, que solo profundizando en su memoria espiritual innata podría liberarse de la aversión y la infelicidad. Y comenzó a experimentar la alegría fugaz de la renuncia recomendada por los sutras.

Poco a poco, entrar en esas habitaciones de enfermos, que apestaban a enfermedad mal atendida, ya no le repugnaba, sino que empezó a oler a impotencia y necesidad. A medida que su resistencia inicial se desvanecía y se volvía más presente en la habitación, vio que las figuras sombrías en las camas tenían ojos, rostros, manos temblorosas de las que antes se había retirado y que se extendían, requiriendo poco más que el contacto humano. Su corazón se partió en dos.

Al vaciar las bacinillas, pronto notó que su horrible contenido olía distinto; incluso se veía ligeramente distinto. Y empezó a examinar su contenido a la luz de la ventana, reconociendo un olor de otro, algunos ligeramente metálicos, otros oscuros por la sangre, y cada uno adquiría una categoría de necesidad.

Les pidió a las ancianas monjas que la atendían que usaran sus conocimientos de medicina tradicional china para comprender qué hierbas, raíces, cortezas, hongos y hojas podían ser la causa de la diarrea excesiva, las heces blanquecinas y la orina negra. Y cuando surgía la oportunidad, se adentraba en el bosque para recoger las hierbas que creía útiles. Molía las hierbas en la oscuridad de

la noche, preparando un brebaje para aliviar el dolor, retardar la formación de costras en las llagas abiertas, aflojar las costras secas alrededor de las fosas nasales o proporcionar un sueño reparador a quienes presentía que podía ayudar. Administraba con paciencia pociones a las figuras grises cuya fe en la hermandad las ayudaba en algo, mientras la infección y la disolución de los órganos las dejaban solas, con solo la sensación de fracaso y decepción de que quienes habían rezado durante tanto tiempo las hubieran abandonado.

Miao Shan también leyó lo que pudo encontrar sobre los puntos de energía en el cuerpo en los que podría aplicar presión para calmar el dolor o reducir las náuseas, pero sintió que su impotencia, su amor y sus oraciones eran todo lo que podía dar en medio de su incapacidad para aliviar su prodigiosa dificultad.

Extrayendo pus de las llagas de las monjas moribundas, comenzó a cantarles sobre el campo de Dharma, el *Brahmaloka* (morada de los reyes del Dharma), la Tierra Pura donde las condiciones ideales para la práctica y el logro se alcanzaban sin esfuerzo. Y a veces su dolor se desvanecía y ella se preguntaba si habían vislumbrado o incluso intuido algo maravilloso más allá de su larga enfermedad y los estragos de la vejez.

La canción se convertía ocasionalmente en un canto, una lenta emanación desde lo más profundo de su deseo por el bienestar de todos. En una habitación, cantando durante

horas a una mujer que moría lentamente, pensó que el amanecer había llegado mucho antes de lo esperado, llenando la habitación con un resplandor que le permitía distinguir incluso los rasgos más delicados del naciente Amitabha en el pergamino sobre su cama. Pero cuando levantó la vista del rostro ablandado de su paciente, la noche aún se cernía sobre el cristal de la ventana. Y las manos de Miao, tan manchadas con los restos de haber sostenido las manos de la moribunda, se sintieron repentinamente limpias, como si sostuviera manos celestiales. Se preguntó si, por un instante, la pobre mujer también habría experimentado algo así, lo que podría haberle dado la confianza de que incluso en la muerte no estaría sola.

Y lloró, no por el dolor de la habitación, sino por la dicha que inundó sus corazones. Y cuando miró a los ojos de la mujer, que durante horas habían estado tensos por el dolor y la esperanza de un fin rápido, hubo una paz inconfundible. Y allí, las dos, en medio del infierno, se sumergieron en la gracia.

Cuando la anciana monja murió, Miao Shan lavó suavemente su cuerpo mientras le cantaba sobre su verdadera naturaleza, construyendo con cada suave aliento una balsa que la llevara a la otra orilla, donde Miao Shan podía imaginar una morada sagrada en la cual la monja podría terminar todo lo que había comenzado.

TABT

Capítulo 5

MIAO SHAN OBSERVANDO

Miao Shan aprendía mucho sobre la oración verdadera y los niveles de meditación de bondad amorosa disponibles en la entrega y el servicio consciente, a medida que estos se infiltraban en cada acción de su día. Encontró su corazón en el primer aliento al despertar, y este invocó el apoyo de sus ancestros espirituales, los santos, bodhisattvas y Budas de todos los tiempos.

Cada intención se hacía cumplir con la claridad y el poder del amor. Aprendió más sobre el amor al observar cuán poco amorosas podían ser las personas que la rodeaban. Aprendió cómo la misericordia podía sanar, como una cataplasma, las heridas de la ausencia en los tristes habitantes del convento. Y los feligreses, muchos exasperados, acudieron a interceder por sus causas ante un poder superior al suyo. Algunos lamentaban sus pérdidas, destrozados por la vida en un mundo difícil, y se sentaban en medio de su dolor mientras imploraban a sus dioses personales que intercedieran en sus continuas dificultades sin considerar su propia divinidad. Miao Shan rezaba para que comprendieran el poder purificador del perdón mientras les daba una oración para repetir: "El poder Divino,

del amor, está dentro de mí; el poder Divino, del amor, me rodea". Otros feligreses, que habían comenzado esa práctica inicial hacía un tiempo, se sentaban cerca, casi en éxtasis, felices de estar vivos. Le dio, pensó más tarde, cierta perspectiva sobre cómo liberar a la gente del infierno, así como también liberar a aquellos que están en el cielo de no darlo por sentado.

También notó que, a medida que las personas adquirían mayor capacidad para contener el dolor en sus corazones, sus oraciones se volvían menos por necesidad que por gratitud, y el deseo de servir a los demás, menos por petición que por ofrenda.

Observando la respiración larga y trabajosa del moribundo, aprendió a respirar. Cuánto había en cada respiración —tanto, tanto— mundos de mente y materia en cada inhalación, cada exhalación. Que la respiración no era solo uno, dos y tres. Que había innumerables fracciones entre uno y dos. Y que antes de cada inhalación y exhalación, surgía una intención motivadora de tomar y soltar el aire. Que antes de cada acción había una decisión de seguir adelante.

En meditación, observando atentamente, se concentró en cómo el mundo cambia con la respiración, notando con precisión cómo los pensamientos y sentimientos intentaban seducirla y alejarla de su objetivo. Investigó qué interfería para que la mente no obstruyera el corazón.

Y descubrió que observar las intenciones al principio y al final de cada respiración la mantenía aún más enfocada en su propósito. Y, lo más maravilloso, este reconocimiento de la intención, una elección, antes de la acción, purificó sus acciones y pareció eliminar gran parte de lo que muchos llaman karma (que ella definió simplemente como "impulso").

Capaz de entrar en su corazón original, ella recibía la enseñanza de cada rincón y grieta.

Oía cánticos por todas partes: en la sala principal y en los rincones sombríos del monasterio, en la linde del bosque y en los refugios de montaña cercanos. La joya del loto crecía por doquier y se arraigaba en sus huesos, en su carne, en el espacio entre sus respiraciones, mientras el *Sutra del Corazón Prajna Paramita* florecía en su sueño original. Escuchó los mantras que descendían por el polvoriento camino mientras los himnos llegaban desde los camellos y los peregrinos santos acudían a beber y descansar. Las recitaciones de libros sagrados lejanos en idiomas que no entendía les ayudaban mágicamente a cruzar el puente hacia otros mundos.

Aprendió de los ancianos monjes mendicantes que emergían del bosque para practicar sus contemplaciones ante la imagen de la Compasiva, aquietados por su gracia. Se sentaban en el límite de la creación, reflejando la ecuanimidad con la que el mundo y la mente se crean instante a instante.

Algunos monjes que no entraban al monasterio se sentaban en el patio en oración meditativa, buscando no a un Ser Supremo sino a la existencia suprema; haciendo la práctica espiritual no sólo para su propio beneficio, sino para el bienestar de los demás, para la paz y la curación, o para el perdón, enviando bondad amorosa a todos los seres sintientes.

Tras unos meses de atender a la anciana monja Dipananda, quien parecía tener un tumor cerebral avanzado, Miao Shan notó que la anciana empezaba a experimentar un fuerte dolor de cabeza. Se había vuelto un poco afásica, confundiendo sus palabras debido a conexiones cerebrales inestables. "Mis palabras están rotas y se esparcen sin orden", dijo.

"Qué extraordinario", dijo Dipananda en uno de sus momentos más lúcidos. "Yo, dirigiendo oraciones, cantando liturgias, guiando al grupo durante cuarenta años. Solían llamarme la "madre del canto", y ahora mi ofrenda a los seres celestiales es como un mala roto, con las cuentas desparramadas por todas partes. Mis oraciones se han desmoronado. No tienen ningún sentido. Por favor, reza conmigo".

Miao le dijo a su querida amiga: "La Madre Buda Maitreya te abraza. Conoce tu corazón. El amor que compartes va más allá de las palabras. Ninguna ofrenda es más grande que el amor".

Mientras la presión en la cabeza de Dipananda aumentaba, se retorcía en la cama, con la boca seca y gotas de sudor en la frente, temblando de dolor. Sentada a su lado, Miao Shan siguió su respiración, llena de dolor, hacia la inmensidad desconocida. Inhalando, se fundió en la compasión infinita de Dipankara (un Buda que alcanzó la iluminación veinticuatro eones antes, según Gautama, el Buda histórico actual), de quien la anciana monja recibió su nombre. Exhalando, abrazó a la monja moribunda en los brazos de la cualidad universal de "aquella que es llamada a los gritos del mundo", cuya presencia era palpable en la sombra del atardecer. Miao Shan rezó para que la gran inmensidad pudiera liberar a Dipananda de la presión.

Se sentó en silencio y comenzó a cantarle al corazón de la monja. Sin saber qué más hacer que extender desde su centro inmortal la paz que se extendía por la habitación. Arrodillándose junto a la anciana, desde fuera de sí misma, le susurró al oído: "Dipa, la Amada, el ángel de la misericordia está a tu lado".

De repente, la gravedad de la habitación cambió. El rostro de la anciana se suavizó al disiparse la pesadez del dolor. Entró en lo que parecía un éxtasis puro.

Y durante unas horas, la energía, el "brillo", fue tan intenso que cada monja que llegaba a desear su salvación no podía entrar sin sentirse invadida por una alegría abrumadora y efusiva. La habitación se llenó de una luz dorada, la luz original en el centro de todas las cosas. Todas estaban

bañadas por la luminosidad que ilumina el corazón original. Durante todo el día, otras monjas acudían y se sentaban a cantar suavemente alrededor de la cama de la monja. Su habitación se convirtió en una capilla ordenada.

Cuando más tarde un médico le ofreció analgésicos, los rechazó, indicando con una mano suave y silenciosa que se retirara. Al parecer, no quería perturbar ni degradar su experiencia de la presencia.

Miao Shan lloró no por el dolor en la habitación, sino por la dicha que inundó sus corazones. Y cuando miró a los ojos de la mujer, antes opacos por el dolor, ahora había una paz inconfundible. Las dos inmersas en la gracia, abrazadas por el Uno; las dos en medio de un aparente infierno, inmersas en el paraíso.

Cuando el resto de las monjas y la reticente abadesa entraron en la sala, esperando el aire amargo de la mortalidad descendente, se encontraron con un círculo de docenas de luminosas mujeres, jóvenes y mayores, cuyos rostros irradiaban la energía que emanaba del corazón colectivo, el corazón compartido de la Divinidad, resonando con el anhelo del resplandor de nuestra verdadera naturaleza, el amor incondicional. Esta visión a través de la muerte sirve al aspecto devocional de los misterios ocultos, mucho más allá de la definición, pero no más allá de la experiencia de la Unidad que llamamos la Amada.

Sentada junto a Dipa, coordinando las mareas de su respiración con las de la anciana como quien asiste a una persona que da a luz —"cantando en la puerta", como lo expresó Miao Shan—, cantó a la anciana para que abandonara su cuerpo mientras esta dejaba de respirar y se escabullía gradualmente. En la tercera vigilia de la noche, Miao lavó suavemente el cuerpo de la anciana, cantándole sobre su verdadera naturaleza.

Como la lenta recesión de una gran marea, el convento se sumió en un profundo silencio mientras la respiración compartida de jóvenes y ancianas liberaba la tensión de sus cuerpos para no detener a Dipa. Y sin dejar de cantar, Miao Shan envolvió lentamente el cuerpo vacío en lino limpio.

La joven futura Kuan Yin, estaba más cerca que nunca del meollo del asunto, de toda la situación.

Se convirtió en un ritual para Miao Shan, al despertar de visiones celestiales, atender a los débiles y moribundos, cantar cualquier sutra que su corazón le sugiriera; quizá su favorito, reflexionaba a veces mientras limpiaba sus cuerpos desgastados. El toque de una mano misericordiosa, una bendición para sus heridas físicas y psicológicas. Secando sus mejillas manchadas de lágrimas, les recordaba a las monjas enfermas que confiaran en su luz y compartieran su sanación con todas las demás que pasaban por la misma prueba.

Llevando cada respiración con ellas, insuflando su aliento en su cuerpo, recibió algo de cada hermana abandonada y madre olvidada, de cada suplicante que había perdido su plegaria en un cerebro marchito. Haciéndoles saber, tras una vida de fracasos y éxitos dedicada principalmente a la misericordia y la consciencia, que no necesitaban ser diferentes en nada para ser recibidas por sus ancestros espirituales. Para liberarse de la necesidad de perfección y confiar en el proceso misericordioso.

Muchos moribundos la llamaban. Ella se estaba convirtiendo en ese ángel.

Las canciones que Miao Shan cantaba sobre los benévolos dragones de la Tierra Pura jugando con la perla de la gran sabiduría les recordaban a algunas monjas las nanas que sus madres les cantaban de niñas. Y a veces, los ángeles de la misericordia de la canción comenzaban a cantar junto con ella mientras pasaban las horas en la profunda suavidad de la mano de un ser querido moribundo; el canto se hacía más lento y se convertía en un susurro a medida que el santo y anciano cuerpo era apartado.

Y les habló de otros mundos, los reinos de la liberación, de la práctica completa, que aguardaban en la esencia del Ser. De su perfecta naturaleza inherente, manifestada en las montañas y ríos recorridos en meditación consciente, de salas llenas de espíritus difuntos reconfortados en un noble silencio, producto de una concentración colectiva mucho

mayor de lo normal, que rasga el velo para "ver como lo Divino ve".

Y a medida que pasaban, la canción se convertía en un cántico: *Gate gate paragate parasamgate bodhi swaha*. "¡Ido, ido más allá, ido por completo más allá, salve liberación!", que ella eventualmente incluiría, como Kuan Yin, en su transmisión del *Sutra del Corazón Prajna Paramita*, la asombrosa claridad de la perfección de la sabiduría. El cántico se hacía más bajo cada hora, la respiración de Miao Shan se coordinaba con la de ellos, indiferenciada; una respiración, una mente, un corazón.

Y cuando la llamaban para envolver cadáveres putrefactos, los sostenía y los mecía como si cada uno fuera su único hijo. Cantaba himnos y canciones de cuna, y entonaba el gran mantra de la liberación mientras le subía por la columna vertebral.

Cuando supo que su protegida se deleitaba en lo que se suponía un reino infernal, la abadesa temió por su vida. El rey seguramente le cortaría la cabeza a menos que la vida de Miao Shan fuera lo suficientemente insoportable. Decidió que Miao estaría allí para los más desdichados: para atender los lamentos inconsolables de las jóvenes que habían sido golpeadas o violadas y habían huido al monasterio en busca de refugio. Y así, Miao Shan se volvió también para escuchar las peores horas de la vida de estas mujeres y respiró una y otra vez a través del penoso punto de dolor en el centro de su pecho, despejando el conducto hacia su corazón para

abrazar a quienes sufrían un dolor indescriptible con la compasión misteriosamente calmante de su Naturaleza de Buda, la misericordia del eterno Avalokiteshvara. Cubriéndolos con el manto de compasión que el amor puede ofrecer. Y cuando alguna niña afligida, tras haber sido agredida sexualmente, recostaba su cabeza sobre el hombro de Miao Shan, se convertía en la Madre de la Misericordia.

Tras años manteniendo espantosamente las reglas de crueldad de la casa con la hija del soberano, las monjas creyeron que Miao Shan se derrumbaría en cualquier momento. Sin saber que habían respondido a su pregunta sobre cómo vivir con la enfermedad, la vejez y la muerte con un corazón abierto. Cumpliendo su deseo de plenitud, se levantó con alegría del frío suelo, ansiosa por servir a los que sufren y estrechar las manos de quienes se encuentran sumidos en la miseria, en un mundo despiadado. Su compasión se expandió con cada abrazo al sufrimiento, hasta que finalmente no fue necesario despertarla, pues la encontraron meditando o esperando junto a la cama o en la puerta del monasterio para recibir a los afligidos. A veces, incluso escuchaba desde la puerta de las monjas cuando lloraban por sus dudas y falta de fe.

Y llena de dedicación a la sanación de todos los seres sintientes de este mundo que necesitan la cataplasma de la bondad amorosa, tomó el voto del bodhisattva:

> “Mientras el espacio perdure, y mientras existan seres vivos, hasta entonces, que pueda yo también permanecer para disipar la miseria del mundo”.

Prometió salvar a quienes apenas sobrevivían de ahogarse en las corrientes salvajes de todos los mundos. Ofreciéndoles una mano para guiarlos hacia tierra firme. Un llamado de atención para los perdidos, sin otra razón que la compasión.

即梦AI

Capítulo 6

MIAO SHAN EN EL INFIERNO

El rey, esperando que Miao Shan llamara a su puerta implorando su perdón y dispuesta a casarse con quien él eligiera, se frustró al ver que su plan no parecía funcionar. Transcurrido más de un año, montó en cólera y exigió a la abadesa una excusa de porqué no cumplió sus órdenes. La abadesa respondió que le había preguntado a Miao con frecuencia si estaba lista para regresar a la comodidad de su palacio, pero que la joven la había rechazado repetidamente, afirmando que por fin había encontrado su hogar. Al oír que quería vivir como estaba sin cambiar ninguna de las condiciones que se le exigían, solo para permanecer en el convento el mayor tiempo posible, montó en cólera. Desesperado, cortó el árbol bo de Miao Shan y ordenó su ejecución.

Sin embargo, algo irradiaba de su cuerpo debido a la determinación de Miao Shan por su causa, lo que provocó que el verdugo fracasara: despuntó el hacha, rompió la espada, quebró la lanza y finalmente convirtió el garrote en una guirnalda. Su padre ordenó la ejecución del verdugo por no cumplir sus órdenes. (Aquí algunos relatos hablan de un tigre celestial que intercedió para proteger su cuerpo,

pero parece más probable que fuera el poder de una profunda compasión lo que la protegió).

Pero sabiendo que no era culpa de su vasallo, Miao Shan se despojó de su cuerpo y asumió la apariencia de la muerte, como todos debemos hacer, para proteger al atormentado verdugo del castigo. Asumiendo la deuda kármica de su verdugo e incluso, generosamente añadida, la de su padre, para salvarlos del merecido tormento. La obscena violencia de su padre, absorbida por su compasión ilimitada, las lágrimas del verdugo en sus delgadas manos, permitió que la gravedad de sus acciones la arrastrara al infierno.

No hay amor más grande que el que se necesita para salvar a otros de sí mismos, ya sea aquí o en el más allá. De hecho, ¿no es Jesús el más venerado porque se dice que murió por los pecados de otros? Incluso un ateo, que no cree en los rumores, el folclore, o ni siquiera en la superstición de la religión, puede no respetar esa intención, esa mentalidad inocente que se preocupa por los demás incluso más que por sí mismo. ¿Hay una definición de amor más adecuada que la misericordia?

Y mientras se hundía en un infierno desolado, Miao Shan vio como en el monasterio, que tal vez ningún otro mundo necesitaba más perdón que este, qué arrastraba a la gente a entornos tan espantosos. Lloró al ver el daño que su crueldad, avaricia, codicia y violencia les habían causado a ellos mismos y a los demás. Cómo estaban siendo aplastados contra su mejor conocimiento. Todas sus máscaras heridas y

sus nervios rotos, entumecidos, toda la crueldad consigo mismos y con los demás que les impedía erguirse, que les impedía volver a ser humanos, le rompió el corazón en mil pedazos, dispersando su luz en la oscuridad. Y su compasión, iluminando los delirios que les hacían creer que merecían sufrir, los atrajo hacia su corazón inmenso.

Y los atormentados a su alrededor suplicaban perdón. Y sintiendo que todos merecían un bálsamo para su vergüenza y autodesprecio, les enseñó a perdonar y ser perdonados; a liberar la atadura que les impedía soltar la ira y los sentimientos de venganza hacia los demás y hacia sí mismos. Los animó a hablar al corazón de quienes hubieran herido con palabras, acciones e incluso pensamientos, y a pedirles perdón por sus actos indeseables; entonces los perdonó por esos momentos en que aún no podían ver.

En el infierno, enseñó la atención plena del presente, donde residen todos los sentimientos que asaltan la mente y desgarran el corazón, donde se albergan todas las aflicciones emocionales. Aconsejó, en cambio, encontrar la consciencia del corazón, momento a momento, de lo que sucede mientras sucede, lo cual, como oímos decir a un convicto, cuando se le animó a investigar conscientemente su dolor, miedo, ansiedad y remordimiento, su sufrimiento, fue más doloroso de soportar que los nueve años que pasó en el corredor de la muerte.

Enseñó a los residentes a tener compasión por sí mismos y por los demás, a conectar a través de ellos mismos con el

recluso de al lado. Dijo que, en cierto modo, el infierno era uno de los lugares más solidarios para practicar, porque la causa y el posible fin del sufrimiento eran tan evidentes. Una comunidad de espíritus perdidos con ideas afines que reconectaban consigo mismos, cultivando una bondad amorosa que podía ofrecerse a los demás.

Ofreció el equilibrio del corazón a la miseria de la mente cuando les contó que Buda dijo:

> "Podrías recorrer el mundo entero y nunca encontrar a nadie más merecedor de amor que tú mismo".

Y lloraron sin poder contener las lágrimas. El primer paso de la purificación estaba en marcha.

Ella dijo que continuaran con estas prácticas extraordinarias durante algunos años y el resto de sus vidas. Y recordaran añadir a su perdón a quienes lastimaron, dañaron y dejaron sin confianza en el mundo. Díganle:

> "Te pido perdón por cualquier cosa que te haya hecho, intencional o involuntariamente, que te haya hecho olvidar tu belleza innata o haya disminuido tu asombro".

Y quizás algún día puedan volverse hacia ustedes mismos y, llamándote por tu nombre, decir: "Te perdono".

Se necesitan eones para estar completo. Miao Shan incluso perdonó al infierno por existir.

Ella inspiró la transformación consciente que los incitaba a perdonarse para que pudieran enseñar esta gran misericordia a los demás. "¡Oh, lo que nos hacemos unos a otros!", exclamaron algunos como causa del sufrimiento, y el posible fin del sufrimiento los invadió.

A medida que continuaban, sus corazones comenzaron a abrirse lentamente, tocando el suelo pedregoso, ella llamó a la tierra como testigo, abriendo los ojos de la belleza mientras los bosques brotaban de la tierra fértil, las flores salpicaban de color el lienzo de sus mentes, ríos resplandecientes y montañas majestuosas bendecían los relámpagos que cruzaban el cielo. Amanecer para quienes vinieron a anhelar el corazón y pudieron oír. Y para quienes una vez "aún no podían ver", vieron.

Después de un tiempo, su presencia había penetrado a tantos que los desdichados oyeron una canción que serpenteaba por el aire antaño fétido. Quizás su canción original. Una música no escuchada durante milenios apagó las llamas del infierno, la flor de loto del Dharma surgiendo de las brasas. Y los viejos demonios, cuyos ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, ya no estaban tan sordos ni ciegos; sintieron el alivio suficiente para reconocer lo que debían hacer a continuación para encontrar el cielo enterrado casi fuera de la vista en sus corazones. Fue como

comentó Meister Eckhart, el notable monje cristiano de la Edad Media: Preferiría un infierno con Jesús a un cielo sin Él.

Y la canción se abrió paso por los bosques y los callejones, sanando la desesperanza y ofreciendo una armonía a la confiada luminosidad del corazón original. Sentados en un silencio purificador, buscaron su misantropía y sus crímenes contra los demás, y derramaron misericordia sobre los fuegos. Y su fuego se convirtió en agua, y el agua fue su agua bendita, impulsándolos hacia arriba.

Derramando misericordia en la oscuridad, Miao Shan se convirtió en la Bodhisattva Kuan Yin.

Liberó el infierno, cantando:

Viejas historias, leyendas de la creación,
no impedirán que el Hades se convierta en paraíso.
Rumi dijo para quien ama la verdad:
"Su agua es fuego".
Hizo primavera del invierno.
Aprendió de sus errores.
Hubo momentos en que, aturdidos por el pensamiento,
olvidamos que pasamos por el infierno
en nuestro camino al cielo.
Y si ese resplandor celestial
no nos distrae
demasiado, deshipnotizados por la gracia,
continuamos más allá del cielo
hacia la enormidad ilimitada

que lo empequeñece.

Yama, Señor del Inframundo y burócrata presidente, se sintió profundamente consternado al reconocer el efecto de la presencia de la Madre de la Misericordia en el infierno. Temiendo que si ella permanecía allí, perdería su empleo en la administración pública, la exilió de inmediato a la isla de Putuoshan, en el archipiélago de Zhoushan, en el Mar de China Meridional.

Tras convertir una gran tragedia en una gran oportunidad, los habitantes del inframundo fueron liberados para acercarse al cielo. Convirtiendo las llamas en flores, eliminando la codicia y la crueldad de sus ojos, Kuan Yin les ofreció mantras protectores y canciones sagradas para transmitir la sanación a un mundo mejor. Transformando el infierno en paraíso, quizás sembrando la tierra con las primeras encarnaciones de quienes eventualmente tomarían el voto del bodhisattva. ¿Cuántos nacimientos bondadosos y apacibles se habrían gestado al liberarse del infierno?

There is, by the way, another anecdote about Kuan Yin's passing through hell. The judiciary panel in hell wanted to see for themselves if the rumors of her sanctity and magnanimity could be maintained when confronted with boundless suffering, so they drew her close enough to receive her blessing, that they too might return to earth without the forgetfulness that brought these judges down in the first place.

Debido a que protegió sus derechos como mujer y se negó a casarse contra su voluntad solo para dar a luz a un heredero, Kuan Yin es considerada la guardiana de los derechos de las mujeres (y de todas las personas, en realidad) a elegir su camino innato, así como la guardiana del parto.

Como guardiana de las mujeres, susurraba al oído izquierdo de las embarazadas que eran el centro de la Rueda de la Vida, las alquimistas por excelencia que unían los elementos en su vientre, por los cuales la semilla se riega y respira, que eran lo Luminoso. Y cantaba a los embriones en el útero, les contaba historias curativas y apasionantes, e imbuía sus genes con una tendencia a la misericordia.

Las mujeres habían sido destinadas a ser esposas, sus parejas elegidas por sus padres, a menudo como parte de negociaciones comerciales. El derecho de nacimiento de un hijo, los ataúdes de la guerra o las cadenas de la esclavitud, eran sus opciones predominantes hasta que Kuan Yin ofreció una alternativa a esta convención totalitaria. Al rechazar el matrimonio, y mucho menos la maternidad, fue el ejemplo de quien seguía su Tao perfecto, un espíritu comprometido con la eliminación de los obstáculos a la liberación.

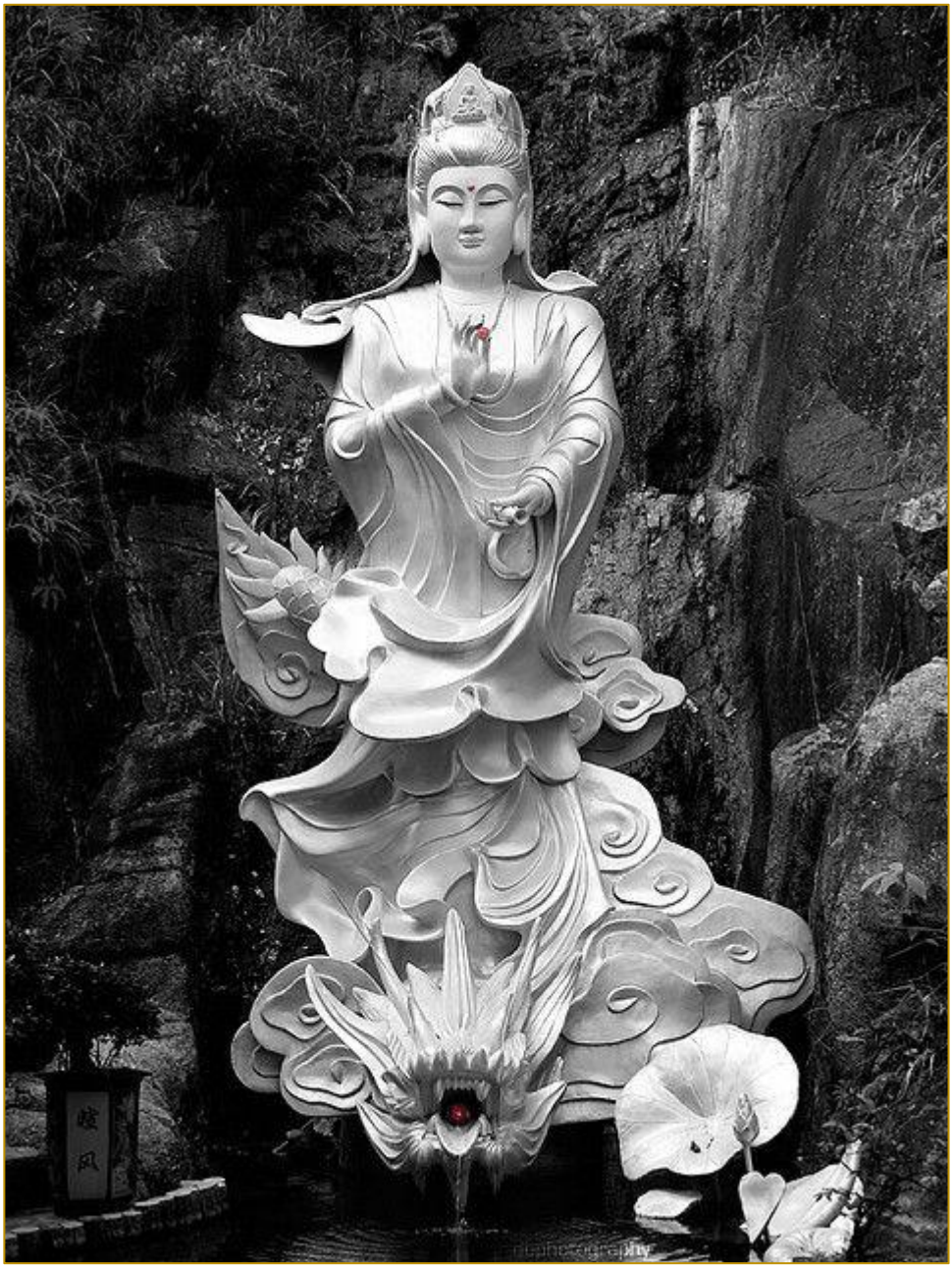
Kuan Yin entró al infierno como una persona que hacía votos y partió como una bodhisattva, una heroína espiritual cuya práctica principal es el servicio con mente clara y corazón abierto a todos los seres sintientes, lo que define el compromiso total de la práctica espiritual no solo con la

propia liberación, sino también con la libertad de todos los seres sintientes, en todas las formas y en todos los planos. Actúa desde un nivel de consciencia que sirve para liberar a todos los seres, sabiendo que no hay nada esencialmente separado de la inmensidad del Ser.

Exiliada del infierno al paraíso de la Isla Fragante, el sagrado Monte Putuo, respirando en el punto de dolor del mundo que se había convertido en el punto de contacto del corazón, envió compasión y bondad amorosa a todos los seres sintientes.

Que puedan todos los seres
estar libres del miedo y la confusión.
Que podamos liberarnos del infierno,
elevándonos hacia la luz.
Que puedan todos los que hacen votos y los bodhisattvas,
esperar entre el cielo y el infierno,
encontrar un nacimiento pleno;
y que la oración, que no puede sino amplificar tal dualidad,
se disipe en la Unidad.

Con su chal sobre el suplicante, ella invita a la gracia a surgir.



Capítulo 7

EXILIADO AL PARAÍSO

Al ascender a la montaña sagrada, Kuan Yin contempló el mundo resplandeciente. Repitiendo el *gayatri*, reconociendo a los sentidos de todos los seres sintientes en la mente original de la que se concibe toda la materia:

> "Tierra, Cielo, Estrellas,
> Contemplen el Sol,
> Fuente de luz desde el corazón de la Fuente,
> Que pueda moldear nuestras mentes".[1]

Entonces, sentada inmóvil en la cornisa de una montaña, custodiada por dos antiguos enebros, meditó durante diez años. Cultivando la misericordia hacia todos los seres sintientes mientras la tierra se acumulaba a su alrededor y la exuberante hierba crecía más alta que su cabeza. Abrazando al mundo con compasión infinita.

Miao Shan se sentó en un terreno marcado por el sol, en un acantilado cerca del mar, y juró no moverse hasta unirse con los componentes de la mente y el cuerpo, la tierra y el cielo.

[1] Una traducción proporcionada por Gary Snyder hace algunos años.

En Putuoshan, la Bodhisattva juró no moverse hasta que el corazón del cielo se uniera con el corazón humano. Con el paso de las estaciones, las hojas arrastradas por el viento, los trozos de corteza y la tierra amontonada a su alrededor hicieron que su forma se volviera menos definida. Transcurriendo los años hasta que solo quedó la inmensidad, su meditación cubrió la tierra que se acumulaba a su alrededor, abrazándola, un gran montículo de hierba donde a menudo descansaban dragones. Era una reliquia enterrada. Montañas y ríos eran su naturaleza. Absorta en absoluto silencio, inmersa en la compasión por todos los seres sintientes.

Tras dejar Miao Shan en manos de los guardianes del elemento tierra, culminó su despertar y se alzó, cubierta de pradera, como un Buda de Compasión Infinita. Liberada del tiempo y la forma, inició a los dignos como emisarios de la compasión sanadora del mundo e infiltró bendiciones en nuestros sueños para ofrecer una guía misericordiosa al corazón de la mente.

Emergiendo de su capullo, ofreció a todos la oportunidad llamada el voto del bodhisattva, que podría permitir el acercamiento a la realización del impulso conocido como karma.

La Bodhisattva Kuan Yin, sentada en reposo en el Dharma, emergió de sus años de radiante quietud. El Buda Kuan Yin dijo: “Ante el Buda están los bodhisattvas y los que toman votos a los que se comprometen a través de esta vida, y

aquellos que podrían llegar a actuar en beneficio de todos los seres sintientes, tomando el voto del bodhisattva. Te daré ahora el voto tal como lo generaron en mí todos los Budas compasivos".

Tendré piedad de todos los seres sintientes
teniendo presente su bienestar.
Aprovecharé cualquier oportunidad para encontrar el beneficio de los demás.
Los seres de sangre caliente y fría
son innumerables; hago el voto de ayudarles.
Las ilusiones de separatividad son innumerables;
hago el voto de despertar con ellas.
Mientras haya sufrimiento
me comprometo a proteger con misericordia y conciencia
a los que aún no pueden ver ni ser vistos,
a iluminarme en beneficio de todos los seres sintientes.
Para escuchar mejor los gritos de los que no son escuchados
para ver mejor el trabajo que hay que hacer.
En el corazón abierto y la mente clara
en tanto dure el sufrimiento,
que pueda permanecer para disipar el engaño
y la miseria del mundo.

Durante los milenios siguientes, Kuan Yin meditó sobre el bienestar del mundo, tras haber vaciado la ilusión que resulta del nacimiento y muerte, como todos los Budas que la precedieron.

En casi todos los prototipos espirituales, tenemos que atravesar el infierno en nuestro camino hacia la consciencia pura, indistinguible del amor incondicional, la Tierra Pura de nuestra naturaleza iluminada. Para algunos, ese proceso de despertar e iluminación es la experiencia que los taoístas llaman "autodespertar".

Debido a que ella había alcanzado sabiduría y compasión ilimitadas, a muchos les costaba imaginar que Kuan Yin fuera la persona que realmente era, derramando un millón de lágrimas a lo largo de tantas vidas, dando vida a cada pensamiento y muriendo en cada muerte.

Como manifestación de una compasión casi inimaginable, tendiendo la mano a todos los seres necesitados, a Kuan Yin se la representa a veces con mil brazos. Pero quizás su resplandor a veces nos ciega ante la realidad de que no son innumerables brazos los que se extienden desde el "nube de luz" que la rodea, sino su incansable intención de recibir cada llamada, plegaria y llanto dirigidos hacia ella. Estos aparentes brazos, estos rayos de luz, también dan origen a los miles de emisarios de compasión que la experiencia directa de la bondad amorosa motiva. La luz que abraza, devuelta multiplicada por mil. El socorro de una madre bodhisattva.

Y según la leyenda, también se le atribuye tener múltiples cabezas, como en la forma de algunos dioses indios. Imagino que esto se debe a su capacidad para escuchar, en todos los niveles y en todas direcciones, los llantos de los necesitados.

Sin embargo, según muchos relatos personales de quienes aparentemente se salvaron de la amenaza de muerte, muchos hablan de su aparición con el rostro completo ante ellos. Incluso en las multitudes de festivales espirituales, quienes la han conocido hablan de haber sido observados directamente.

Y, naturalmente, a veces se le atribuye tener mil ojos. Por supuesto, tiene mil ojos, como cualquier madre diligente.

La compasión revela comprensión de la causa y el fin del sufrimiento. Kuan Yin es reconocida por esta sensación de liberación mental y ligereza corporal. Invitar a Kuan Yin a nuestro dolor invoca nuestro corazón original, la gracia inagotable de nuestra naturaleza inherente.

Convertirse en Kuan Yin es reconocer el esfuerzo y la dedicación extremos que dan frutos. Su logro no le fue otorgado por un comité de premios celestiales, Zeus o el Espíritu Santo, sino por la renuncia, ganada con esfuerzo, a todos los placeres terrenales para completar lo que Buda llamó "el trabajo por hacer".

En un mundo, una mente y un cuerpo en guerra, ninguna cualidad, activa o pasiva, es más sanadora que la compasión esencial.

Sin misericordia no puede haber paz.

La misericordia es una necesidad olvidada, rara vez considerada. Corrompida por el mal uso. Necesita rehabilitación, utilizada para intensificar sin piedad la vergüenza y la autonegación, como al decir: "Ten piedad de mí, un miserable pecador". Se había desmagnetizado.

Cuando Kuan Yin escuchó que la misericordia había perdido su poder para erradicar el sufrimiento y otorgar alegría, lloró y revivió su significado en las enseñanzas de su camino.

Kuan shih yin pusa,

la invocación, la repetición de su nombre, la locomotora mántrica de la Bodhisattva Kuan Yin/Buda Kuan Yin, se esfuerza, con decenas de millones de esfuerzos cada día, por alcanzar su perfecta audición.

Capítulo 8

EL ORIGEN DE LA CANCIÓN

Habiendo liberado a los demonios para que tomaran el camino del bodhisattva y, llena de considerable alegría, Kuan Yin abrió todos los corazones para llenarlos de la misericordia y la compasión de su Origen de la Canción. La canción incrustada en el primer gen de la conciencia a la espera de nacer.

Kuan Yin dijo "la canción" que inspiró la evolución y tardó eones en desarrollar el arte del autodescubrimiento. La canción que necesitamos cantar para nosotros mismos y que al principio es más sentida que oída. Al principio de cada uno de nuestros mundos, la canción no tiene palabras, pero le siguen palabras de reconocimiento y alabanza, palabras de expectación y deleite que resuenan con la confianza en el proceso y el deleite de no saber lo que viene después.

Antes del Buda, incluso antes del "yo soy", una canción se reflejaba en el fuego, en el agua, en el aire. Una canción de nacimiento surgió sin invitación de un puñado de tierra. Algo más que racional pudo ver una melodía escrita en el sistema solar, secuestrada en el centro de cada árbol.

En los ritmos parpadeantes del fuego se encontraban nuestras primeras meditaciones. Pero incluso antes de que el fuego se acorralara en la hoguera, hubo contemplaciones salvajes y profundas junto a un arroyo y una paz que sobrepasaba la comprensión en el susurro de los árboles azotados por el viento. Y el monoteísmo de la tierra que solo el corazón podía discernir se alzó para encontrar nuestros pies cuando danzamos. Cuando un relámpago cegó la noche entre las estrellas, supo que había fuerzas que apenas podíamos nombrar. Resonando a través del infinito en nuestros huesos, llamó al espíritu hacia adelante.

Deslizándonos por el filo del útero, con las branquias selladas y el pecho ungido con aliento, nos hemos dado cuenta de que somos conscientes. Inmersos en la evolución, conteniendo la historia de la procesión que zumba en nuestras células.

Toda espiritualidad, y eventualmente la religión, bien podrían haberse originado en desiertos, bosques y cuevas solitarias, de la ocurrencia desmesurada pero natural de erupciones místicas espontáneas que sacuden el cuerpo, iluminan la mente y revelan el espíritu. Profundas liberaciones internas que dan lugar a la profecía y a poderes curativos. Fue el descubrimiento de nuestro fuego original.

Una vez, hace milenios, la luz se presentaba espontáneamente refulgente bajo los extendidos árboles banianos o más allá de la oscuridad de una cueva, destrozando el cuerpo, derritiendo la mente y revelando el

espíritu; sólo unos pocos podían encontrar las palabras, podían decir: todo es impermanente y está lleno de gracia.

Miles de años antes de que el tiempo cambiara, en los bosques de la India, los *rishis* transcribieron lo que llamaron "la canción gloriosa" en el Bhagavad Gita, los Vedas y los Upanishads. Algo más que racional reconoció la Totalidad en el diagrama del átomo dentro del mapa del sistema solar, secuestrado en el centro de cada árbol. El Gran Espíritu cantó en el murmullo de un arroyo y el susurro de las hojas de los árboles azotados por el viento. La memoria y la mente se reflejaron en las llamas del fogón. Atraída por sueños que la conducían a mundos venideros, donde todos tenían sonrisas ligeramente desconcertadas y ojos como cornucopias de compasión, Kuan Yin cantó:

"Es la canción que el corazón nació para cantar, y la mente se crea para descifrarla, como si proveniera de los oráculos de la Grecia helénica. Nos aguarda una canción que crea cantantes como Buda y Alce Negro, Jesús y los Reyes Magos, María y nosotros mismos. Así como el origen de la canción bien pudo haber inspirado el proceso de la evolución humana y haber tardado eones en desarrollarse en Buda, Jesús y Anandamayi Ma, el desarrollo de nuestra canción es paralelo a nuestra evolución personal."

"El autodescubrimiento hizo audibles nuestras canciones, las sacó a la superficie para que pudiéramos escucharlas por nosotros mismos. Canta el potencial del espíritu. Y la alegría

de descubrir la cualidad de la conciencia que llamamos corazón. Al principio, puede sentirse más que oírse."

"Se extiende desde el centro del pecho y abre el cuerpo. La claridad y la alegría acompañan la entrega mientras las palabras que expresan nuestra sabiduría innata suben a la lengua y se hacen audibles."

"En los confines de nuestro universo, donde el miedo puede endurecer el cuerpo y la duda puede convertir el corazón en piedra, ablandamos el vientre para que la canción pueda surgir. Al soltarnos en los confines de quienes imaginamos ser, nos disolvemos con un escalofrío y un suspiro."

"Siguiendo un afluente de lo personal a lo universal, encontramos en nuestro dolor también el dolor ajeno. En nuestro deseo de ser libres, el llamado a todos los que también desean liberarse de su propia prisión. Al encontrarlos en nosotros mismos, la canción que contiene a todos los seres sintientes lleva la tierra hacia el cielo para refrescar nuestra memoria espiritual y reafirmar el trabajo por hacer."

Primera lección de canto

Anoche, al quedarme dormida, mi último aliento podría haberme llevado al cielo o al infierno y no me habría decepcionado.

Esta mañana, el universo bailó ante mí mientras cantaba. Le encanta esa canción.

Justo detrás de la frente, donde los lóbulos frontales se unen como manos en oración, se encuentra la sede de la creación. Un altar donde escuchar el coro del Ser, la silenciosa y pequeña canción interior. El punto elevado desde el que damos el salto de fe.

Cuando el corazón y la mente están en armonía, producen una canción. Es la vida llamando de célula en célula.

Es una sensación de nuestra presencia en la Presencia. Un afluente de un océano infinito.

Es una canción de amor, por supuesto, que al cantarla lo cambia todo.

La canción resuena en el dolor entre la mente y el corazón. El primer acorde lamenta la falta de triunfo; el último se regocija en él. El primero arde con fuerza, solo en la cruz de sus deseos. Es la oración de un penitente. El último se une al coro misericordioso del perdón.

Y cuando hayamos escuchado esa canción, reconozcan que esa canción, contra toda ley en el cielo y la tierra, incluso lo que tuvo principio no tiene fin...

En la canción, el cantante sabe que cualquier cosa menos que este éxtasis es sufrimiento. Que es el anhelo del corazón lo

que hace todo el trabajo. Sabe que la mente ordinaria es inútil para la verdadera comprensión.

Cuando el cantante se detiene y la canción continúa, sabes que podrías sostener esa nota para siempre. Y lo haces, hasta que en el límite del tiempo, donde la consciencia se convierte en materia, descubres que la canción te ha estado cantando desde el principio.

Hay una canción para cantar. Una flauta para escuchar. Incluso una rosa invisible.

No es que la hayas olvidado por completo. Algunos atardeceres son más hermosos que otros. Ciertos sonidos resuenan. Las flores aún te llaman la atención.

Hay más de lo que se puede ver desde nuestro rincón sombrío. No siempre es fácil. Toma un instante. ¡Y nunca se sabe cuándo llegará ese momento!

Mientras tanto, canta todas las canciones que puedas hasta que encuentres la tuya. Y cuando la encuentres, deja que vibre en tu corazón-mente como un órgano gigante en una catedral antigua.

Deja que desate los parteluces incluso de nuestros conceptos más preciados y coloridos.

Las ilusiones nos dejan con ganas. Pero con cada respiración podemos recordar la canción, escuchar la flauta, oler la rosa.

Con cada respiración podemos nacer por fin y completar el rondó.

Cuando la luna se convierte en el aullido de un coyote y duermes profundamente junto al fuego, recuerdo.

No hay aquí ni allá, y esto y aquello han sido una pesadilla. En este momento, que solo puede perderse en el siguiente, escucho la canción. Qué silencioso debe ser uno, un solo pensamiento puede silenciarla.

Y empiezo a cantar.

Primero resuena en las bóvedas del corazón, pero pronto se libera de todas las ataduras y mi canción se convierte en la canción que se canta a sí misma.

En la noche, un sonido alegre llama.

El pequeño búho pigmeo marrón en el piñón gira la cabeza. Los coyotes se inclinan hacia adelante. La luna se detiene. Mientras todo recuerda todo en el silencio entre pensamientos. La canción original que cantan los moribundos y los que nacen vienen a redescubrir. Y ni siquiera Mozart podría cantarla mejor que tú.

Cuando miro tus ojos buscando mi verdadera canción, un lobo me devuelve la mirada. Rodeando el centro oscuro, ámbar profundo, en el que estoy atrapado como un

escarabajo jurásico. Ojos de lobo que atraen lo informe hacia la forma. Encuentro mi garganta justo encima de mi corazón.

Caigo en el bosque y no oigo nada. Estoy perdido entre las hojas y los escarabajos. Una salamandra casi extinta deambula por mi pie casi extinto.

El cuerpo es una buena cámara de resonancia. Las ballenas llaman de una célula a otra. El corazón está lleno de ruiseñores.

Cantamos la misma canción. Solo hay una. Nos canta también.

Dientes de Sable también escuchó la canción y nunca la olvidó. Sus ojos dorados brillaron. Sabía que nunca moriría.

Segunda lección de canto

Una canción espera desde antes del tiempo. Surge del peregrinar del corazón.

Suavizando el vientre para que la canción pueda surgir.

Buscando la canción innata, nos abrimos a su despliegue.

Suavizando la dureza del vientre, la impotencia enterrada en el tejido muscular.

La tensión como para una caída.

Suavizando la protección contra el dolor, el miedo no reconocido flota en una misericordia inesperada.

Suavizándome alrededor de la contención y gradualmente dentro de ella, empiezo a fundirme en el borde.

Entregando la respiración al oceánico subir y bajar del abdomen.

Niveles y niveles de ablandamiento.

Niveles y niveles de soltar.

Sensación tras sensación, pensamiento tras pensamiento, disolviéndose en el océano del vientre.

Siguiendo una sensación de Ser en expansión, la consciencia irrumpe en la superficie susurrando la suavidad, luego el perdón, que libera la canción.

La armadura del vientre se derrite.

Surgiendo del océano del vientre, seguimos la respiración hacia el corazón.

Liberando la rigidez que retiene nuestro sufrimiento.

Cada respiración se dirige directamente al corazón, al centro del pecho, iluminando las sombras abandonadas.

Mientras algo bajo el esternón comienza a moverse.

Bendiciendo mil encarnaciones de amor y pérdida, la respiración sin obstrucciones entra y sale del corazón. Abriendo un conducto hacia la canción.

Tercera lección de canto

Como todo cantante sabe, debemos liberar la respiración antes de poder mantener una sola nota. A veces, antes de cantar, tenemos que aclararnos la garganta tras años de confusión. Ablandando el vientre, respiramos una vez a la vez. Primero, la respiración debe madurar en el vientre, luego ascender por el corazón para expandirse a través de la consciencia, aclarando la garganta para que la consciencia pueda volverse hacia sí misma y se pueda escuchar una nota clara.

Al entregar la respiración, sin aferrarnos a ella ni intentar controlarla, sino confiando en que respiraría por sí sola en la vasta amplitud de la conciencia, comenzamos a aprender el equilibrio en el aire.

La canción se canta sola desde la apacible y pequeña voz interior, y confiamos en no saber qué viene después.

Cuanto más profunda es la canción, menos hay un cantante o algo que nos separe de ella.

La canción crea un cantante, el cantante no crea la canción.

Al superar la fiebre de la identificación, en la alegría del descubrimiento, resuena la canción.

Somos lo que hemos buscado toda nuestra vida.

Cuarto Armónico

Cuando el cantante da rienda suelta a la canción, dejamos de ser dueños de nuestro propio aliento.

Entregándonos a la canción, nos arrodillamos ante la Divinidad interior. Destilada en luz, asciende más allá de los dioses y fantasmas del viejo condicionamiento.

La canción flota luminosa en el aire plateado, llamándonos a trascender el límite de nuestro universo conocido.

Al dejarnos llevar, en el límite de quienes creemos ser, hacia la alegría de lo que realmente podríamos ser, nos disolvemos con un escalofrío y un suspiro.

Iniciada en la base del cráneo, resonando a través de la cámara sonora de la doble hélice, oímos la flauta que el poeta Kabir, ebrio de lo divino, nos asegura que nos liberará.

Y a veces, el aliento que la atraviesa, y si está dotado de gracia, el aliento dentro de ese aliento.

Escuchando un poco extasiados, la columna vertebral como esa flauta, nos elevamos una octava. Hay una expectativa. Nuestras manos se elevan solas como para atrapar nuevos mundos de cantos de nacimiento tan antiguos que el ritmo permanece en nuestro pulso. Las plantas de los pies ondulan al caminar sobre el agua antes de nacer y durante cada muerte. En el vientre, en el centro del pecho, en la coronilla, nos cantamos a nosotros mismos.

Una conciencia ilimitada nos arrastra irresistiblemente más allá de nuestro límite hacia la canción tan hermosa que la creación se detiene a admirarse.

Desde los orígenes de la canción, hasta los confines de la mente y más allá, hay una luminiscencia que se experimenta como compasión ilimitada.

Y somos libres de vivir nuestra vida como una canción de amor.

Canción sin fin

La última lección de canto eleva el cuerpo.

Al resonar la canción en la cúpula del cráneo, enciende la fontanela.

Más luminosa que los pensamientos en cuya superficie se refleja el mundo, como una consciencia onírica que se adentra en territorio inexplorado, expandiéndose hacia la evolución.

Surgiendo de la coronilla, una devoción extática recorre el universo y bendice incluso los reinos invisibles.

Y en el centro de la canción
un silencio tan profundo
que la forma no puede manifestarse.
Es el silencio que precede a
la Palabra.
El tiempo y el silencio que van más allá,
que van del todo más allá de lo ido.

Dejando todo atrás, el éxtasis sigue a la luz. Luego descansa en la luz clara que saluda a los moribundos y a los nacidos.

Al escuchar la canción vibrar en las hebras de la doble hélice, renacemos. Las mareas de estrellas recién nacidas y lunas en desintegración inundan el universo de cada célula.

Y donde esperábamos encontrar al cantante, solo encontramos la idea de un cantante.

Nada de lo que hemos aprendido sirve de nada porque no hay nada que controlar.

Los orígenes de la canción revelan la profundidad del ser.

La sabiduría salvaje de la letra de la canción converge desde diez direcciones. Libre de la razón, revela cómo incluso el sufrimiento encaja a la perfección en el orden natural de las cosas. Más allá del placer y el dolor, vemos cómo nuestro apego a cada uno atrae encarnaciones de todos los tiempos. Entrando en nuestra verdadera gracia, el origen de la canción. No hay otro lugar adonde ir. Nada más que ser. Ninguna verdad mayor que el conocimiento reside en el ser.

Más allá de eso, solo el amor sobrevive.

En el murmullo de nuestra verdadera canción, surgen bendiciones demasiado hermosas para expresarlas con palabras.

Tras impartir las enseñanzas sobre el origen de nuestra canción original, sentada en un gran afloramiento rocoso, Kuan Yin cantó a los dragones marinos que custodiaban su isla sagrada, tarareando el nacimiento de los Budas mientras los dragones marinos subían a la superficie para presentar sus respetos.

Ella se inclina ante la ascensión; invocando las grandes aguas, los dragones benéficos nadan a su lado. Cultivando una relación eterna con los suplicantes dragones de los Mares del Sur que se reúnen para recibir su bendición.

También era conocida como la Madre de Todos los Océanos del Corazón y la Mente por cuidar las olas del Mar de China Meridional y a los pescadores que las surcan. Y por proteger a quienes surcan las olas en meditación, ascendiendo y descendiendo en el océano del ser. Protectora del Dharma, inspirando a la humanidad a observar los vientos de todas direcciones que pueden desviar la mente. Protege a los peregrinos que cruzan a la otra orilla. Los dragones de la atención plena que "mordisquean" las amarras del apego.

Capítulo 9

KUAN YIN Y LOS DRAGONES

La etimología de la palabra "dragón" es similar a la de la práctica de atención plena *vipassana*, que significa "ver con claridad".

El predecesor evolutivo del dragón es el *naga*. La sinapsis saltó, evocando el salto de fe de lagarto serpenteante a ave voladora, una liberación de la energía primordial que se libera de lo informe para convertirse en forma. El gran estallido del Ser en la existencia.

El dragón no prefiere, como dice la leyenda, tener su nido en China. Reside en la base de la columna vertebral como evolución.

En el curso de la evolución, a medida que los reptiles se convirtieron en aves, no solo podían volar, sino que también comenzaron a soñar. En ese salto (r)evolutivo de la conciencia, la luz resplandeciente de la consciencia disipó muchas de las sombras que se hacían pasar por realidad, proporcionando una comprensión de la naturaleza de la conciencia y el espíritu.

El dragón, quizás el eslabón perdido entre los planos de la realidad, representando también la evolución de lagarto a ave, aparece en el intersticio entre los niveles del ser. Un corcel chamánico. La Madre Dragón afirma que es tan cierto decir que existe como decir que no existe; no se opondría a ninguno de los dos. Siendo tanto la inmensidad entre la aparente solidez de los pensamientos como la *maya* ("ilusión") arremolinada del pensamiento mismo, no toma partido, sino que sugiere misericordia donde pueda surgir fricción.

El dragón intersticial, un eslabón perdido entre Quetzalcóatl y el pterodáctilo, un anfibio cósmico que se encuentra en el puente cósmico, el cuerpo calloso que conecta el cielo y la tierra. Suspendido como Kuan Yin en el aire, donde la sanadora invita a la sanación, eliminando los obstáculos del corazón, abre espacio para lo sagrado.

En las culturas asiáticas, el dragón suele representar la eternidad o, aún más profundamente, la atemporalidad y la comprensión de los sentidos. En Centroamérica, Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, personifica esta trascendental transformación del elemento tierra al elemento aire.

El dragón es una "filtración" desde otros planos donde se canta el Origen de la Canción. El dragón que nos siguió a casa desde la escuela un día para poner fin al tiempo y a la confusión impía.

Los dragones marinos, tan imbuidos de la compasión de Kuan Yin, se convirtieron en una imagen de bendición para la conciencia colectiva de Asia.

Se rumorea que sus primos voladores, tras ser recibidos al otro lado de la Ruta de la Seda con maldiciones y violencia, en lugar de reverencia y elogios, se mostraron malhumorados y cascarrabias.

Desafortunadamente para los dragones voladores, sus intenciones fueron completamente malinterpretadas y fueron perseguidos por los miopes, quienes desconocían la beneficencia innata y los confundieron con la serpiente del Edén.

Los dragones quieren que el mundo sepa que no ofrecieron la manzana del jardín. Solo enseñaron que la muerte no existe y que el mundo es un sueño. Solo dijeron: El mundo necesita hacerse real en tu corazón para que comience la sanación. Simplemente ámense los unos a los otros como se aman a sí mismos. Si pueden perdonarse a sí mismos, pueden perdonar a cualquiera.

El dragón oceánico y amante del mar, recibido al principio con el asombro que a menudo precede a la comprensión, era espíritu puro, como muchos de nuestros dones desconocidos y no reconocidos que tienen el poder de liberar. Observando que hay muchas realidades, ninguna de las cuales es más real que otra.

¿Cuándo se combinaron el vuelo y el sueño en ese primer verso rítmico que cantó en el nacimiento y alivió nuestra muerte? ¿Cuándo surgió del corazón el primer poema que calentó la sangre como diario de viaje para la mente errante?

¿Y cuándo, en la aerodinámica de ese espíritu volador, nos dimos cuenta de que éramos conscientes? Cantando en el límite de lo conocido, una inclinación evolutiva hacia la compasión.

Capítulo 10

EL DOLOR DEL REY DRAGÓN

De sus años en el Monte Putuo, Kuan Yin compartió una larga historia con dragones benéficos.

Existe una antigua historia sobre un gran Rey Dragón que perdió a sus dos hijos. Tras disfrazarse de carpas para retozar en el mar, lanzándose y dando volteretas entre las olas, los hermanos cayeron en la red de un viejo pescador. Subidos a bordo, fuera de las aguas necesarias para que volvieran a su forma original, estaban destinados al mercado de pescado fresco del día.

Pero el pescador notó que los dos peces, de proporciones excepcionales, eran bastante únicos, ya que seguían respirando después de ser subidos a bordo. Imaginó que eran una especie de criaturas mágicas cuya carne podría tener poderes curativos, incluso un remedio mágico para enfermedades, y que sin duda atraerían a una multitud a su puesto y tal vez incluso serían subastados a compradores curiosos. ¡Ese era su día de suerte!

Debido a la pérdida de sus hijos, el Rey Dragón no tenía a quién pedir ayuda para recuperar a sus desvergonzados

vástagos, quienes pronto podrían ser desmembrados y morir. Y si se les reconocía como seres mágicos, en particular dragones, serían encarcelados y mutilados lentamente para revelar la fuente de sus poderes.

El Rey Dragón, desolado y sollozando, no sabía adónde ir. ¿Quién podría ayudar a sus hijos y a todos los hijos perdidos por sus padres, rodeados de miseria?

Kuan Yin escuchó los llantos del Rey Dragón y le llamó la atención sobre Shan Tsai, el sirviente discapacitado que el Rey Dragón había criado desde su nacimiento, cuya pierna acortada lo dejaba con una cojera notable. El rey le suplicó al niño que tomara el poco dinero que tenía, fuera al mercado y comprara de vuelta a sus hijos descarriados antes de que los descuartizaran y los repartieran entre la larga fila de compradores que agitaban sus monedas por encima de sus cabezas, ansiosos por llevarse algo de magia a casa. El niño no sabía qué hacer, pero amaba tanto al rey que partió, sin saber si sobreviviría para regresar.

El mercado era un mundo desconocido. Shan Tsai nunca había visto semejante conglomerado de energía retorcida. No era difícil encontrar un lugar para un niño perdido entre las almas perdidas que se empujaban y discutían, sin reconocer la magia que tenían delante ni dentro de sí. Todos luchaban ciegamente por una felicidad que solo se encontraba en su interior. No quedaba nada de la bondad que lo había nutrido. Se preguntó si estaría en el infierno. Un lugar para los espíritus perdidos, separados de su centro

sagrado. Era aterrador y peligroso; la pena de los compradores reemplazaba la médula de sus huesos, su dolor secuestrado en la base del cráneo. Cualquier cosa podía pasar.

En el mercado, el poco dinero que Shan Tsai tenía pronto resultó insuficiente ante las ofertas de la multitud ansiosa. Podía sentir a su padre dragón lamentándose en su gruta, donde podría permanecer para lamentarlo el resto de su vida.

Sintiendo que no tenía otra alternativa, el niño se interpuso heroicamente frente al primer comprador enfadado y reveló al viejo pescador, quien podría obtener grandes beneficios de su pesca, la verdadera identidad de los niños dragón con apariencia de pez, y le dijo que, aunque el pescador pudiera perder una gran recompensa, el Rey Dragón perdería aún más.

Y le rogó al pescador que se detuviera un momento, se volviera hacia su corazón y escuchara en silencio por un instante al padre dragón, que lloraba con una impotencia y una pérdida que reflejaban todas las pérdidas del mundo que el anciano también había experimentado. Y el marinero, reticente a causar tal sufrimiento, ni siquiera a su costa, escondió los peces descarriados en una cesta y los envió a casa de su padre.

Tras la salvación de sus hijos por Kuan Yin, la gratitud del Rey Dragón fue tan grande que envió al mundo sufriente a

su nieta, Lung Nu, quien portaba la brillante perla llameante, cuya iluminación era el don de la consciencia para la humanidad. Al acudir a los necesitados con la misma dedicación a la bondad que los pescadores, Long Nu nutrió a quienes se dedicaban a la misericordia y al servicio de todos los seres sintientes.

Y cuando el desinteresado pescador fue invitado al gran salón del Rey Dragón, su corazón se expandió tanto por la compasión que apenas podía respirar. Lleno de la generosidad inagotable de Kuan Yin, se comprometió a alimentar a los hambrientos y cada día llevaba montones de pescado fresco a la aldea empobrecida del otro extremo del puerto.

Quizás hayas notado que muchos dragones chinos juegan con una bola de luz conocida como la perla sagrada; se cree que esta es la fuente de su poder.

La bola de luz, la perla de la consciencia luminosa y el dragón de la compasión suelen encontrarse muy cerca en el juego serio. Un icono que surge del infrasueño (la colectividad mental por debajo del nivel de consciencia), el dragón representa el antiguo poder espiritual en la columna vertebral. La perla de la consciencia, el chi que, ascendiendo por la columna vertebral, nacida del agua y que respira fuego, produce el amanecer del despertar.

Capítulo 11

MUCHOS BUDAS

Meditando en la cima del Monte Putuo, Kuan Yin se encontró con un anciano monje —o un espíritu de la montaña— sentado frente a una profunda cueva. Al verla acercarse, levantó una odre de agua y le ofreció una copa para calmar su sed.

Agradecida por su gesto hospitalario, se sentó junto al anciano ermitaño y le preguntó cuánto tiempo llevaba viviendo en ese lugar. El monje respondió que ya no lo recordaba, pero que hacía tiempo que se sentía como en casa compartiendo su cueva con "osos espirituales rojos, milenarios", que, según él, eran las primeras encarnaciones de los primeros Budas.

Kuan Yin siempre había sentido una especial reverencia por los osos, una veneración que no lograba explicar.

El anciano monje dijo: "Gautama solía hablar de ser solo el último de miles de Budas, y lo relacionaba en particular con Dipankara, su vigésimo cuarto predecesor, quien, debido a las grandes distancias en el tiempo antes de que apareciera otra emanación, podría incluso haber sido un sabio

neandertal, un chamán o una gran madre, antes de que el lenguaje pudiera recordarlos."

"Dado que la Naturaleza de Buda es nuestro primer antepasado, ¿por qué no pudo surgir, antes de la invención del tiempo, en ninguna criatura humanoide o anterior, ocurriendo cuando fue necesario?"

Al llevarla a la cueva, el monje le mostró a Kuan Yin tres cráneos antiguos, cada uno con un círculo ocre en la corona. Un vestigio neolítico de los orígenes del oso Jataka en la práctica de la bondad y la compasión.

Y se sentaron juntos hasta que ella supo los nombres de estos primeros buscadores de espíritus. Y continuó llamándolos por su nombre cuando, como Madre de Todos los Salvajes, entró en el círculo de sanación.

El monje dijo que creía que tal vez este gran oso cavernario, de mente y corazón completamente abiertos, podría haber sido el origen de la leyenda entre los pueblos nativos del Valle Amarillo, que se encontraron con un espíritu que vagaba por el bosque, transmitiendo ocasionalmente sanaciones, rituales funerarios y compartiendo silencios con aquellos cuyo amor era más grande que su miedo. Llevando a los observadores "más allá del fin del mundo" por el frondoso sendero más allá del tiempo y el cambio.

Cerrando los ojos, Kuan Yin descansó en el ser. El sol, pasando lentamente por el *om*, el primer monoteísmo, vibraba en la atmósfera mientras un rayo golpeaba los mares primigenios y traía la vida a la existencia.

La garza verde de mirada penetrante, el gorrión cadencioso en la urdimbre y la trama del tapiz viviente. Las espadañas estallaban sílabas aladas en un haiku épico: ¡*Swaha*!

El sol colgaba enredaderas azules de cipreses milenarios. El arroyo dorado bañaba musgo verde, piedras negras del río salpicadas de rocío plateado.

Rodando hacia el oeste por las praderas oceánicas, el sol revive los archivos de la tierra donde el polen fósil flota de plantas extintas. Palomas y estorninos decoraban los bosques de piñones, esparciendo cáscaras como pétalos de rosa en una boda.

Los cuervos, mensajeros espirituales, marcaban el renacimiento lejos de Lhasa.

Como banderas de oración, cuervos al viento se alzaban desde el suelo del bosque. Grandes pájaros negros con benditos ojos amarillos se aferraban al espíritu humano, uniendo el corazón y la mente.

Qué lugar tan maravilloso, pensó, para sentarse en silencio para siempre.

Capítulo 12

SANACIÓN EN NUESTROS SUEÑOS

Cuando Kuan Yin dejó atrás su cuerpo y se convirtió en un sueño, podía estar en todas partes a la vez y bendecir a las personas mientras dormían, cabalgando sobre el dragón cambiante de la compasión en ondas beta imaginarias.

Kuan Yin nos lleva bajo su brazo, susurrándonos al oído o apareciendo en nuestros sueños para mostrarnos cuál podría ser la próxima iniciación.

De niña, Miao Shan escuchó por casualidad la recitación de un sabio que pasaba por allí sobre el poder de la misericordia y la bondad amorosa para sanar los males del mundo. Cayó en un sueño profundo, recibiendo enseñanzas en sueños que continuaron durante años. Gracias a este linaje de transmisiones oníricas, se hizo conocida por emplear esta forma de transmisión de sabiduría durante eones.

Así como Kuan Yin liberó a los demonios del infierno y alivió el sufrimiento de los dioses y los Titanes, en su infinita misericordia, llega como compasión para iluminar el oscuro final de la existencia.

La compasión viene a ponernos a prueba en nuestros sueños, a incitar repentinas comprensiones sin palabras que trascienden fronteras.

Algunos sueños abren lo que parece ser el Libro de la Sabiduría. Despertamos con la sensación de haber recibido enseñanzas de los Maestros Ascendidos. Pase lo que pase, cuando los sueños surgen más de la mente del corazón que del cerebro mecánico, a menudo se percibe una mayor participación en lo universal. Nos levantamos con la sensación de haber leído una obra espiritual extraordinaria. Despertamos extasiados.

Cuando una mujer que nos dice la verdad nos visita en sueños, no hay dónde esconderse. Nos llama a todos los miserables y fracasados controladores de nuestro escurridizo destino. Nos dice que ningún viejo truco nos protegerá, que solo la entrega al milagro de la compasión puede liberarnos.

Estos son sueños de bendición. Acércate a la cama y siéntate en silencio. Graba esta enseñanza en tu corazón. No seas demasiado racional. ¿Fue real?

Esta ruptura de la frontera entre el mundo de los sueños y la "realidad despierta" —reconocida desde hace mucho tiempo por los adeptos espirituales como una continuación del mismo reino— amplió tanto el marco de referencia de Kuan Yin como los planos desde los que se podían escuchar los gritos de angustia. Nos llevó en sus sueños a otros

mundos para iluminar lo que apenas comprendemos, cómo la compasión es el elemento activo de la sabiduría, la cualidad que los sabios y eruditos expulsados de los reinos celestiales necesitaban cultivar. Ella era la apaciguadora de fantasmas y la sanadora de los corazones desamparados.

Kuan Yin llega en las alas vibrantes del REM (descubrimiento del sueño) para revelar el camino que recomienda la compasión. En el sueño, la Presencia presente se revela. Otras realidades se presentan.

A veces, esta claridad momentánea de visión revela lo cerca que podemos estar de renacer, justo al otro lado de nuestro miedo.

A veces, su impredecible compasión nos llega mientras dormimos para mostrarnos cuánta misericordia se requiere para vivir en este mundo aterrador. Cómo los obstáculos son vulnerables al reacondicionamiento; cómo la maraña subyacente es susceptible a la valentía y al cuidado amoroso. Cómo la investigación profunda puede desentrañar, y cómo las experiencias espirituales acceden al corazón donde nos espera la liberación.

A veces la compasión llega como un gran felino salvaje que nos inicia, como a tantos, si tan solo logramos permanecer despiertos después de despertar. A veces, las bestias que nos ponen a prueba no son de otro mundo, sino vestigios de nuestros terrores nocturnos infantiles, proyecciones de lo desconocido, cuyos grandes ojos amarillos nos miran

fijamente desde una espesura impenetrable. Algunos de estos sueños nos unen a otro mundo que no nos hemos atrevido a considerar.

Kuan Yin se le apareció una vez a Tian, uno de sus emisarios elegidos, como una pantera en sus sueños para llevarlo al siguiente nivel. Tian, cuya historia completa se contará en un libro posterior, *En el Tiempo de los Budas Sonrientes*, fue guiado a trascender su yo para salvar el mundo, para proteger los misterios de la tierra, las profundas enseñanzas a plena vista, cuando se abre el ojo de la belleza y descubrimos la maravilla de la pintura de paisajes tradicional. Conmoviendo al espectador a preservar el espíritu que aún vive en las montañas y los ríos.

Tian escribió sobre haber visto a Kuan Yin aparecer como un gato montés en sus sueños:

La primera noche, una pantera negra cruzó la habitación casualmente. Pero antes de que pudiera siquiera pensar en escapar, el gran felino se fue y regresó con dos pumas leonados que simplemente se sentaron a observar.

La noche siguiente, un puma gris acero estaba sentado en el jardín, con su larga cola gris envuelta como un japa mala sobre los hombros de un Buda de mármol blanco. En sus ojos, vórtices negros conducían al paraíso de las panteras, en una tranquila cornisa sobre un vasto bosque. Como soñador, no deseaba estar en ningún otro lugar.

Por la mañana me pregunté si acaso esas maravillosas apariciones estaban siempre presentes, pero eran invisibles. Y me pregunté si tal vez solo estaba viendo en sueños lo que normalmente no veía.

No había adónde ir, pero antes de que el miedo se apoderara de mí, sentí que habían venido a disipar el miedo de mis ojos. Pero no estaba del todo seguro de que ese fuera su propósito.

Como Kuan Yin continuaba sus visitas nocturnas, ahora sin los pumas, empecé a esperar con ilusión su presencia, aunque cuando aparecía cada noche, me costaba un momento tranquilizarme. Una noche no apareció, y me pregunté si estaría bien. Era extraño preocuparse por el bienestar de alguien a quien temía.

La noche siguiente reapareció en una exuberante pradera junto a un pequeño arroyo. Ella y yo, tumbadas una junto a la otra, escuchamos juntas durante lo que parecieron horas el suave fluir del agua. Es posible que incluso hayamos entrado en el campo sensorial de la otra, pues ella oía como yo y yo movía mis orejas puntiagudas con cada cambio de hilillo. Experimenté a través de ella cuánto más percibía el tintineo del agua que mi campo sensorial, normalmente disminuido. Parecía sentir pena por mi sordera parcial.

Su mundo era mucho más grande que el mío. Y al cruzar la barrera de las especies, experimenté una sensación de familiaridad y confianza sobrenatural. Lo que sucedía en

esos momentos de interacción cambió el tamaño del mundo en el que vivía.

Mi siguiente sueño me encuentra en una cabaña de meditación abierta en un claro rodeado de una jungla verde. Puedo oír el océano, oler las olas más allá de la densa espesura. Estoy comiendo arroz y algas. A medio terminar, dejé mi cuenco, atraído por un sendero que se pierde entre los árboles. Siguiendo el rastro entre la densa vegetación, llego a un claro.

Al fondo del terreno abierto hay dos enormes tigres de unos trescientos kilos cada uno. Con la cabeza gacha, se acercan lentamente. Siento un vuelco al verlos acercarse, pero no es una reacción de lucha o huida, sino el temblor que precede a la revelación. Con las rodillas a punto de alcanzar lo Divino, caigo de rodillas y empecé a llorar. No puedo contener el asombro.

Los gatos dorados se acercan con la familiaridad de un compañero de cría. Se enroscan en mis piernas y me rozan con lenguas suaves como la seda. El éxtasis me invade mientras nuestros mundos se entrelazan. Cuando regreso del claro al restaurante, allí, en la mesa donde lo dejé, está mi plato aún caliente, listo para ser consumido.

En la última serie de encuentros oníricos, noté que los tigres tenían una coloración un tanto inusual: una franja granate entre las habituales marcas amarillas, negras y blancas.

El miedo habitual surgía por un instante al volverlos a ver y luego desaparecía rápidamente al acercarse, pero esta vez uno se me acercó a la cara y, mirándome directamente a los ojos, abrió la boca de par en par. Sabía qué hacer. Apoyé la cabeza en sus cavernosas fauces, sobre la áspera y roja almohada de su lengua. No estoy seguro de qué sucedió después, quizá mi mente se detuvo entre pensamientos, pero tuve la sensación de ser amado y de amar como nunca antes.

Entre este sueño y los que siguieron, en los que siempre terminaba metiendo la cabeza en la boca del tigre, reconocí que la franja granate era el granate tibetano de la túnica de mi primer maestro, quien me abrió a Kuan Yin y me robó el corazón años atrás.

Meter la cabeza en la boca del tigre significó comprometerme con todo lo necesario para liberarnos y compartir lo que se despierta en beneficio de los demás, incluyendo todo lo conocido y desconocido en el continuo descubrimiento de nuestra sabiduría y compasión inherentes.

Es una serie de sueños que debemos tener, y que pueden surgir incluso en etapas avanzadas de crecimiento como un recuerdo benigno del trabajo que debemos realizar antes de dar el siguiente paso.

Estos sueños compasivos vienen a destruir nuestras defensas y nos hacen caer de rodillas para descubrir la

humildad que el corazón requiere para seguir adelante. Iluminan nuestras pequeñas y no tan pequeñas tonterías: las faltas, los momentos perdidos, la crueldad y la indiferencia ante el dolor ajeno y, curiosamente, nuestro apego al nuestro. Nos despiertan con un sudor frío, rezando por la bondad que quizás le hayamos negado a otro. Nuestras lágrimas no la disuadirán de revelar el verdadero significado del perdón, incluso cuando perdonar es casi imposible.

La férrea determinación de la compasión para ayudarnos a superar nuestra crueldad hacia los demás y hacia nosotros mismos nos pregunta: ¿preferirías romper ese impulso ahora o en tu lecho de muerte?

Su compasión casi insoportable es la oportunidad de nuestra vida. Estos sueños terribles y maravillosos forman parte de la sanación que buscamos al nacer. Ella aprovecha la oportunidad de nuestros sueños para transformar nuestros miedos en gracia, para enseñarnos firmeza y entrega.

Algunas pesadillas llegan justo a tiempo para salvarnos. Al captar nuestra atención, nos enfocan en los obstáculos que nos impiden la claridad. Aclaran el flujo de pensamientos y enderezan las intenciones distorsionadas. Son los aniquiladores de miles, de millones, de pensamientos y sentimientos dolorosos. Su medicina más poderosa es el recuerdo. Traen a la mente a Kuan Yin.

Kuan Yin, en su forma de devoradora de impurezas, devora todo lo que no es amado como merienda vespertina e

infunde bondad amorosa en la herida. Como hizo con Tian, devora nuestro karma y llena la despensa del corazón.

En el botiquín de Maitreya se encuentran aterradores sueños sanadores que pueden mostrar cómo sería el mundo sin amor. Despertamos con lágrimas en los ojos y una mayor voluntad de servir.

Me pregunto si algunos de estos sueños sanadores podrían provenir de bodhisattvas que se comprometieron entre vidas a ayudar a los aturdidos que transitan a través de ella para encontrar un renacimiento más beneficioso. Y también a crear puentes: el maestro Nisargadatta Maharaj habla de la mente que crea el abismo y el corazón que lo cruza, atravesando el intersticio entre mundos en nuestros sueños.

A veces, Kuan Yin recurre a espíritus protectores feroces para proteger "el sueño que sueña" de ser seducido por el miedo. Estos espíritus no son vengativos, sino feroces; los destructores de la ignorancia, la personificación de la compasión insistente. Son los guardianes al borde del abismo que nos llaman para que no caigamos. Vendan las heridas de nuestra ira.

Ella dice: "Dámelo". Y sin preámbulos ni excusas, el penitente revela los bloqueos a la libertad y quizás abre esas palabras nunca antes pronunciadas, ocultas en sus corazones.

Al renunciar a nuestro apego agobiante al sufrimiento, doblegado durante demasiado tiempo bajo el peso de la vergüenza y el autorrechazo, este visitante nocturno devorador de aflicciones ofrece la rara oportunidad de "meter la cabeza en la boca del león" de una vez por todas, de entregar tu sufrimiento al rugido del león del Corazón Original. Y compartir esa misericordia con los demás.

Cuando el comedor temible venga a picar algo a medianoche, ofrécele lo peor que puedas ofrecer. Y deja que la ola de compasión te lleve al corazón compartido.

Ella dice: "Que tu práctica sea devoción al estado de compasión. El amor no como un estado mental, sino como una cualidad del Ser".

Capítulo 13

POR EL DOLOR

Kuan Yin representa el medio hábil que abre nuestro corazón al sufrimiento. Al soltar todo lo que nos encoge, encontramos las palabras que nos perdonan por tanto dolor. Olvidando y recordando, cayendo de un momento a otro, aprendemos a mantener el equilibrio en el aire.

Tenemos la mala costumbre de infundir odio en nuestro dolor, transformándolo en sufrimiento justo cuando más clama misericordia. También nos endurecemos ante el dolor ajeno. Es ese dolor, la mayoría de las veces, el que nos define. Pero hay una canción que recuerda el amor, por difícil que sea. Al dejar de fascinarnos por nuestras heridas, dejamos de correr por nuestras vidas. Lentamente, en los silencios cambiantes de la meditación, en la quietud momentánea entre respiraciones, desde una voz interior temblorosa, comenzamos la canción que lo cambia todo.

Kuan Yin sugiere desarrollar una conciencia misericordiosa y enviar bondad amorosa, incluso perdón, a nuestro dolor en lugar de juzgarlo como un castigo o una maldición. Retirar nuestro juicio de la cruz para aceptar nuestro dolor en lugar de rechazarlo aún más y condensarlo en

sufrimiento. Perdonarnos por sentir, incluso involuntariamente, tanto dolor. A veces se necesita mucha misericordia para contrarrestar la absurda autoflagelación de la mente. Cultivar una conciencia misericordiosa de lo que el sufrimiento soporta y la compasión necesaria para equilibrar el desequilibrio.

Al aliviar la resistencia a las influencias indeseadas antes de que se extingan, practicamos estas enseñanzas de Kuan Yin como si fuéramos pesas más ligeras en el gimnasio de la incomodidad.

Por ser seres sintientes, hemos jurado liberarnos; confrontar a las deidades iracundas de nuestra resistencia que rodean nuestro dolor es una iniciación importante.

Se dice que nada es verdad hasta que lo experimentamos, así que, como un experimento para enviar sanación a un área donde el miedo ha desplazado a la aceptación, usamos la ocasión de dolor moderado para probar la verdad del ablandamiento y el poder de la misericordia para cultivar una línea vital hacia la sanación.

Como experimento de compasión y cultivo de la misericordia, se podría considerar centrar la atención en una herida o quemadura leve, ablandándose y transmitiendo bondad amorosa a la lesión. Observa cualquier obstáculo mental que surja para limitar este ejercicio. Estas son las deidades iracundas con atuendos angelicales que nos inducen a defendernos de ideas tan absurdas como la de

transmitir amor al dolor. Los guardianes desacertados de nuestro dolor que mantienen la impotencia y la desesperanza, aislando la incomodidad de la incursión compasiva de una misericordia sanadora.

Observa los cambios que ocurren en el campo sináptico: se suavizan, se libera la tensión, se infunde compasión en el dolor, se abre el camino hacia el corazón, ¡y nos hace preguntarnos cómo surgió el amor en un lugar como este!

¿Comparar la sanación de una herida a la que se envió misericordia con otra similar que se dejó a su suerte, que sanó más rápido?

Al acercarnos al círculo calcificado de resistencia que rodea nuestro dolor, el cual limita la penetración de la sanación, nos ablandamos ante el miedo que se acumula en torno a la dificultad. Liberamos la tensión que intensifica el dolor antes de que se reduzca aún más a su sufrimiento.

El ablandamiento revela nuestra capacidad inherente para la misericordia, el alivio personal que nos brindan las enseñanzas de la compasión.

El corazón susurra: "¿Puedo aprovechar esto al máximo? ¿Podemos liberarnos del apego a nuestro dolor a medida que la misericordia se infiltra gradualmente en él?"

Al reconocer que este trabajo con el dolor físico se asemeja a la sanación del malestar mental, liberamos la tensión

(aversión/resistencia) en torno a tales fulminaciones, suavizándonos desde el borde hacia el interior. La confianza y la paciencia florecen en nuestra conciencia misericordiosa. El coraje se afianza.

La suavidad es un detonante físico del estado mental de soltar.

Cultivamos esta relajación interior al soltar, momento a momento, lo que obstaculiza el corazón. Cuando el miedo, el orgullo, la duda, la aversión o la ira, reflejos de toda una vida de aferramiento, surgen en una conciencia misericordiosa, esta observa atenta y profundamente cómo estos pensamientos aflictivos se disipan en la eternidad de la que provienen.

La próxima vez que te golpees el dedo del pie, en lugar de enviar la aversión habitual que imita al odio a las sensaciones ya agitadas, considera el amor.

Se ha demostrado que, al liberarse el dolor de sus ataduras habituales, esta apertura alrededor del dolor aumenta el flujo del sistema inmunitario hacia la zona afectada. Dado que estamos condicionados a enviar odio a nuestro dolor, cuando dejamos atrás nuestro apego negativo a lo que nos aflige, esta resistencia compulsiva, y en cambio enviamos amor donde nunca se consideró posible, le damos la vuelta a nuestro odio.

Sanar es recuperar aquellas partes de nosotros mismos abandonadas al dolor; entrar con misericordia y consciencia en aquellas áreas de las que nos hemos retirado por miedo.

Al experimentar, como se sugiere, con un corte o quemadura leve, vemos cómo una zona suavizada y utilizada como foco de bondad amorosa puede sanar días antes que otra que se ha rechazado. Comparemos el tiempo que puede tardar en sanar una herida atendida con misericordia con una que no lo hace.

Trabajar con nuestro dolor también es un acto de compasión hacia los demás, permitiéndonos permanecer un poco más junto a la cama de alguien asustado o agonizante por el nacimiento y la muerte. Permitiéndonos mantener nuestro corazón abierto en el infierno.

Cuando la compasión que transmitimos a nuestro dolor comienza a incluir a otros que experimentan este mismo dolor al mismo tiempo, se produce un "cambio radical": experimentamos no solo nuestro propio dolor, sino también *el* dolor compartido que habita en el cuerpo común. Ya no es solo nuestro problema; el dolor que compartimos crea una comunidad de interser y sanación. *Mi* dolor es una tragedia; *el* dolor es una enseñanza más de compasión. Cuando afrontamos el dolor con misericordia, servimos a un mundo de sufrimiento.

La sanación en la herida

Aquellos con quienes hemos trabajado y que han mostrado toda su misericordia, incluso en casos pequeños, como una herida abierta, un raspón grave o una quemadura, han notado una disminución considerable de la infección y una curación más rápida. Una creciente preocupación no solo por su dolor, sino por el dolor mismo.

Nuestra resistencia natural al dolor, físico y mental, en la mente, parece ofrecer al corazón la oportunidad de liberarse. Es un regalo que sigue dando. Una conexión cada vez mayor con todos aquellos que también pueden sentir una pérdida de la gracia. Que anhelan un alivio al dolor. Una preocupación no solo por mi dolor, sino por todo el dolor.

El don de la sanación que crece en el corazón de cada herida. El dolor compartido, no solo de mi herida, sino de la herida, que nos conecta con el corazón del otro. E intensifica nuestra capacidad de conectar con nuestro dolor en lugar de solo desde él. Ofreciendo una amplitud desde la que podemos empezar a responder en lugar de reaccionar compulsivamente a tantos otros momentos difíciles de la vida. Compartiendo los dolores de parto de todos al regresar a un mundo que clama misericordia y consciencia, completando nuestro propio nacimiento.

Superar la malvada costumbre de infundir ira e incluso odio en nuestro dolor justo cuando más clama misericordia. Recordarnos las circunstancias indeseadas que todos

compartimos y, como recomiendan los sabios, tratar el dolor como si fuera nuestro hijo único. Antes de que se apodere de nuestro corazón y transforme nuestro dolor en sufrimiento.

El don en la herida nos hace más conscientes del poco amor que transmitimos a nuestro sufrimiento o a las dificultades de los demás. Nos despierta. Un retorno a la mente-corazón que se acerca a las dificultades en lugar de alejarse de ellas, permitiendo la entrada de la atención plena y la misericordia en la herida. Esto es tan cierto para un corte o un tumor como para la sensación de decepción en la mente.

Darse cuenta de lo poco que hemos tocado el suelo. Una mayor capacidad para escucharnos con misericordia, para volvernos hacia nosotros mismos y hacia los demás como si fuéramos hijos únicos y afrontar el dolor, la incomodidad, incluso la fría soledad, con una conciencia misericordiosa. Una vez despertada, la misericordia tiene su propia capacidad sanadora.

Tocar con misericordia aquello de lo que nos hemos alejado por miedo es una medicina poderosa. En lugar de convertir el dolor en sufrimiento, tratamos directamente la mente y el cuerpo desde el corazón. Suavizamos lo desagradable, notando la tendencia del miedo a proyectar futuros desagradables. En cambio, volvemos con la mayor frecuencia posible al proceso, momento a momento, de liberar la dureza que se acumula alrededor de la herida. Entregándonos a la posibilidad de sanar.

Este don de misericordia, enviado a nuestro dolor y al de los demás, libera la tensión en torno a la herida y aumenta el acceso al sistema inmunitario, y brinda sanación a muchos niveles. Abrir el puño que envuelve el cuerpo y la mente atemorizados cultiva la bondad hacia todos los seres cansados que viven en el dolor que compartimos.

Cuanto más perdonamos nuestro propio dolor, más generosidad fluye hacia los demás y se refleja en una mayor capacidad de felicidad e incluso de amor.

Dirigiendo el perdón, un hábito de bondad amorosa, hacia aquello que nos distrae de nuestro Verdadero Corazón. Despertando cada mañana con misericordia en la respiración. Expandiendo el círculo, que incluye a todos aquellos que experimentan este mismo dolor en este mismo cuerpo-mente, nacidos en seco a orillas del océano de la compasión.

El don que puede reconfortar tantos niveles de infelicidad y abrir una vida más plena en el corazón de la vida. Niveles y niveles de ablandamiento, niveles y niveles de soltar el contenido doloroso de la pequeña mente, abriéndose a la gran Mente, la enormidad del ser.

Capítulo 14

EL VIENTRE DE LA COMPASIÓN

Dirige tu atención a la sensación del cuerpo. Simplemente siente lo que hay aquí. Siente este cuerpo en el que naciste. Permite que la consciencia llegue al nivel de la sensación corporal.

Poco a poco, deja que tu atención se desplace hacia el abdomen. Y comienza a relajarte ante las sensaciones del vientre. Relajar el vientre para recibir la respiración. Relajar el vientre para recibir la vida. Relajarte ante cualquier resistencia. Sin aferrarte a un vientre blando.

Soltando la dureza del vientre. Practicando el "vientre misericordioso".

Momento a momento, suavizando el vientre. Momento a momento, haciendo espacio para tu vida.

No intentes aferrar ni atrapar la respiración, moldearla ni controlarla. Simplemente déjala ser.

Entrégate a la respiración, suavizando el vientre momento a momento.

En un vientre suave se encuentra la liberación de la postura de toda una vida. Todo el dolor que se esconde en el vientre. Ten piedad. Dejando que la dureza flote en un vientre suave.

Niveles y niveles de suavización. Niveles y niveles de soltar. Niveles y niveles de dejar ser.

El vientre fatigado por su aferramiento, por su crueldad consigo mismo. Ten piedad. Al menos por este momento, ablandate ante este antiguo apego. Con una nueva piedad. Con una nueva disposición a sanar. Ten piedad de esta crueldad.

Con cada respiración, el vientre se eleva. Con cada exhalación, el vientre desciende. Subiendo y bajando, deja que tu respiración se respire sola. Dejando ir el control, confía en que la respiración respire sola.

Cada respiración se respira a sí misma en un vientre suave. En un vientre suave hay espacio para todo. Incluso espacio para nuestro dolor. Espacio para nacer, espacio incluso para morir en un vientre suave, en un vientre misericordioso.

Niveles y niveles de ablandamiento. Niveles y niveles de soltar.

Rehabitar el cuerpo que ha existido más como pensamiento que como realidad hasta que el dolor nos llama la atención y nos lo devuelve, maltratado y herido, o lo vislumbramos

reflejado en un espejo dismórfico o en un escaparate lleno de deseos. El placer momentáneo es un dolor duradero, un dolor momentáneo si un objeto en la gran Mente supera la tendencia a contraerse, un dolor que puede acabar con el sufrimiento al recibirlo con una conciencia misericordiosa, que puede convertirse en un "regalo en la herida" del que recibimos un aumento en nuestra capacidad de comprensión y compasión.

El regalo es sentir, en medio de nuestro dolor, a miles de personas que también comparten esta dificultad. Una oportunidad de ver el dolor en mi dolor. Un cambio de mentalidad que suaviza el cuerpo y alivia la mente. Extender la bondad a quienes comparten este mismo dolor implica un acto de misericordia y nos une a la comunidad de sanación, la sanación para la que nacimos. Una conexión creciente con todos aquellos que también pueden sentir una pérdida de gracia. Que anhelan un alivio al dolor.

Un regalo de sanación que crece en el corazón de cada herida. El corazón compartido que nos sintoniza con el corazón del otro.

Capítulo 15

TIERRA PURA

En las enseñanzas posteriores de Buda, Kuan Yin surgió del Sutra del Loto. Se encontraba a la entrada del sueño real de una tierra de práctica pura, una morada de sabiduría donde se esperaba continuar las prácticas espirituales iniciadas durante la vida en circunstancias que evocaban los reinos celestiales. Enseña que cuando el corazón se abre, se puede ver esa Tierra Pura.

Para algunos, esto puede parecer sospechosamente similar a los cielos e infiernos judeocristianos de la educación religiosa, personalmente insatisfactoria, que abandonaron para emprender la investigación de su Naturaleza de Buda. Sin embargo, estos reinos "astrales", que parecen rozar lo mitológico, están abiertos a la exploración mediante la meditación profunda. Al observar las ilusiones subyacentes que podrían proyectar espejismos esperanzadores en la nuca, no sacamos conclusiones precipitadas, sino que, conociendo el poder de la práctica espiritual, vemos el valor de una conciencia misericordiosa por el bien de todos.

Practicando la visión, el oído, el gusto, el tacto, el sentir y el pensar como si fuera real, sabiendo que solo lo parece;

reconociendo que hay planos donde uno sabe más, resido en este plano impetuoso practicando el despertar. Resido en este cuerpo temporal para encontrar la Presencia en la presencia. ¿Qué más se puede hacer?

Como experimento de la entrega devocional, que a veces me había llevado más allá de lo relativo y racional, a la indiferenciada amplitud del Ser que la mente experimenta como amor efusivo, le pedí a Kuan Yin que me revelara, hasta donde yo pudiera comprender, la "realidad" de la Tierra Pura.

Quizás porque cada respiración consciente es un paso más en el camino, Kuan Yin me indicó que "cayera en mi respiración".

Mientras la mente se aquietaba y se hundía como una burbuja brillante en el mar, no se detenía en el fondo del océano, sino que continuaba a través del "suelo de la mente". Nadie la controlaba.

Todo lo que pensaba, sentía, veía o escuchaba no era mío, sino que flotaba en la idea de mí mismo. En esencia, era solo consciencia observando. Desde la perspectiva de la "simple consciencia", observando pensamientos, ideas y percepciones surgir y desaparecer en el velo de algún pensador igualmente imaginado, todo con lo que me identificaba como "yo" era como un sueño soñado por un sueño. En el corazón de la consciencia autoexistente, libre de tal enredo, asentada lejos de todas estas baratijas habituales

—la "llamada y respuesta" de los sentidos—, en esa quietud absoluta rara vez percibida en la superficie, existía más allá del mundo del nombre y la forma lo que fácilmente podría llamarse una Tierra Pura. La luminosidad de la inmensidad absoluta que, según se dice, atraviesan los héroes espirituales, los bodhisattvas y los fieles seguidores de su práctica, y que pueden manifestarse análogamente donde la necesidad los llame, bajo la égida de un corazón liberado del egoísmo para el beneficio de los demás en las encarnaciones venideras.

Quedó claro que esta Tierra Pura no está en otro lugar, ni se adquiere mediante la adquisición de algún "mérito" espiritual, sino mediante el equilibrio de mente y corazón que nos permite permanecer en la base del ser, experimentando la claridad y la alegría de nuestra naturaleza inherente. El patriarca Zen [Chan] Huineng señala que la acumulación de méritos, junto con el apego a algún resultado beneficioso para el "recolector", puede arrastrarnos a reinos muy distintos de la Tierra Pura.

El mérito no son puntos extra que nos ponen en lista de espera. El mérito es descubrir nuestra verdadera naturaleza. Mayor claridad mental. Enseñanzas de sabiduría en nuestros sueños; comprensiones silenciosas y sin palabras que refinan nuestro amor. El mérito es la activación de la Tierra Pura de nuestro corazón incondicional. Si buscamos nuestro corazón fuera de nosotros mismos, nos perdemos la unión, por la muerte, de los pensamientos y sensaciones periféricos en la luz clara del Corazón Verdadero.

La Tierra Pura no era, como afirman algunas enseñanzas, solo un "lugar" al que podríamos ir después de morir, sino un marco de referencia en el presente. Más que un estado mental, un estado del ser, percibido quizás particularmente en la meditación o en un momento de revelación, cuyos orígenes se han debatido durante milenios. Una visión a través de la superficialidad de los fenómenos hacia el núcleo luminoso de la verdad en el centro.

Lo cual, por supuesto, no significa, sobre todo en el camino del corazón, ignorar o minimizar la importancia de estos fenómenos relativos. Pues es en ese plano periférico donde vivimos la mayor parte de nuestras vidas, y la capacidad de aceptar el sufrimiento es más necesaria. Y la capacidad de servir es más necesaria.

La cualidad devocional que ocasionalmente me había llevado más allá de mí mismo se convirtió en una herramienta para que no supiera y simplemente confiara hacia dónde me llevaba Kuan Yin. La Tierra Pura como el entorno de nuestra naturaleza luminosa, el corazón incandescente de nuestra sabiduría y compasión inherentes.

Buscando la verdad inimaginable e incomparable en las sombras que proyecta en lo profundo de nuestra mente, sin embargo, sorprendentemente, por una gracia indefinible, a veces acertamos.

Cuando le pregunté a uno de mis maestros más antiguos qué significaba para él la Tierra Pura, dijo: "Un Infinito,

donde los bodhisattvas se convierten en budas y luego en bodhisattvas".

Capítulo 16
LOS EMISARIOS DE LA COMPASIÓN

A menudo se ve a Kuan Yin en compañía de sus dos acólitos, emisarios de la compasión que se aparecen a muchos en diversas formas, desde maestros hasta animales oníricos.

En representaciones posteriores de Kuan Yin, se puede observar que a un lado se encuentra Shan Tsai, quien, imbuida de la energía del voto del bodhisattva, se convirtió en su bendita asistente. A su otro lado, por supuesto, está Long Nu, la Doncella Dragón, vestida como Kuan Yin con un sencillo chal, quien sostiene un orbe gigante llamado la perla del brillo nocturno, o para algunos, la perla de gran valor, que emite una iluminación para la humanidad, la enorme luz de la conciencia. Estos guardianes celestiales, quienes, según anécdotas, actúan como emisarios de la causa de Kuan Yin, a menudo son enviados para brindar misericordia a los perdidos y atemorizados.

Kuan Yin eligió a sus emisarios para integrar el corazón pleno en la mente en lucha. Sus emisarios, realizados, aparecen como el Dharma en diferentes formas en distintos momentos. A veces, como las palabras conmovedoras de seres queridos, o como un susurro al otro lado de la ventana que abrimos. Los libros se abren para recordarnos. Una

enseñanza que nos trasciende en un tiempo pasado nos ofrece un regalo olvidado. La misericordia fluye más allá del sufrimiento hacia el dolor que acaba con el dolor. Encontrada por el amor en lugar del miedo insensible, la clausura o el aislamiento en "mi dolor", se abre a ese mismo dolor compartido por miles, quizás millones, una empatía por todos en esta misma condición. En nuestros llantos, ella escucha los llantos de todos.

O algunos dicen que es un espectro que guía a los perdidos hacia un lugar seguro, como la "voz angelical de Bernice" en la Primera Guerra Mundial. Un susurro al oído desesperado; la visión de un personaje divino que nos recuerda nuestra esencia sagrada. Estos emisarios inician a los chamanes y le otorgan su canto sanador y el poder de transmisión que expandirá el corazón y la mente de quienes no desean nada más.

Muchos son bodhisattvas en formación, sanadores, pacificadores, servidores de quienes buscan equilibrio y luz. Viven con sencillez según el código de la decencia común. Invierten el dharma en quienes tienden a amar con claridad.

Se dedican al camino de la sanación. Reparan los corazones y sanan las mentes de quienes escuchan la palabra que transforma. O restauran los tonos terrosos en las profundidades de la mente y preservan las perfecciones de la naturaleza, como lo hace Tian.

Todos aquellos en quienes la bondad y la consciencia crecen, dedicados al autodescubrimiento, quienes al sanarse a sí mismos tienden a sanar mucho a su alrededor.

En el camino del bodhisattva, hay muchos viajeros diferentes, diversos seguidores de mente recta que intentan seguir el camino. Son quienes hacen votos y cuyo objetivo es la liberación de sí mismos y de los demás. Aquellos que se han comprometido a vivir con atención plena y de corazón para el beneficio de los demás durante toda su vida.

Son aquellos que se mantienen a nuestro lado porque no se sentarán hasta que su labor esté terminada. Aquellos que han hecho voto de realizar su potencial innato en la sala de meditación o la capilla, en la sala familiar o en la torre de vigilancia.

Son los guardianes de la paz, los maestros de corazón, los protectores de la tierra, los sanadores y jardineros de la Naturaleza de Buda, bodhisattvas en ciernes que, como Arjuna en el Bhagavad Gita, se interponen entre facciones opuestas intentando calmar las mil inclinaciones al aferramiento y al ataque de quienes aún no pueden ver, cultivando en la tierra de nadie entre los pensamientos, entre los latidos del corazón, la tendencia a compartir el amor. Aquellos que ofrecen generosamente bondad amorosa con toda la fuerza espiritual disponible. Los sanadores de la herida, estos sanadores y pacificadores ocultos ofrecen palabras ocultas durante el día y palabras transformadoras en nuestros sueños.

Son peregrinos que manifiestan las verdades más simples. Ese servicio a todos los seres sintientes no es una manifestación de la iluminación, sino simplemente el camino que imita nuestra compasión inherente.

Capítulo 17

LONG NU

Long Nu supo en el momento en que conoció a Kuan Yin que esta era su maestra y se iluminó espontáneamente. Esta es la primera mención en la literatura budista de la iluminación instantánea, de una flor que florece en el aire; sin árbol bo, sin preceptos arduos, sin invierno, sin verano; solo primavera, solo los brazos abiertos de la compasión indiferenciada. Es también la primera mención de una mujer tan bendecida.

Kuan Yin le dijo: "Ahora que me conoces, sabes que la sanación precede a la cura. El amor es la forma más profunda de aceptación. Las posibilidades ilimitadas del corazón compartido para conectar con alegría compasiva con el otro. Es a través del habla pura, de las palabras medicinales, que llegarás a los corazones de quienes anhelan la libertad".

Quienes más se sienten atraídos por el espíritu se sienten atraídos por una profunda soledad. Un anhelo de plenitud. No pueden comprender por qué tal vez comenzaron su vida en una especie de infierno, sin darse cuenta de que ese era el primer paso necesario en el camino hacia la plenitud.

A veces es necesario romper el corazón para dar cabida a todo nuestro potencial. Es el dolor el que acaba con nuestro sufrimiento y abraza a los demás para aliviar su sufrimiento. Es la naturaleza de este mundo terrible y maravilloso en el que naciste encontrar lo milagroso.

¿Crees que fue diferente para Miao Shan en el palacio ensangrentado, en la vil monotonía del convento, en los demonios gimientes del infierno? ¿De qué otra manera habría encontrado el dharma, la joya invaluable del *Om mani padme hum* que me condujo a la quietud de la Tierra Pura, la liberación total del sufrimiento, la fórmula del Sutra del Corazón Prajna Paramita que libera todo lo que no sea amor incondicional, todo lo que oscurece la plenitud del Ser?

Cuando estas enseñanzas de sabiduría se integran, se abre la puerta a la compasión pura de su gran mantra: ¡*Gate, gate, paragate, parasamgate, bodhi swaha*!, que conduce a la eliminación de los obstáculos a nuestra gracia original: "¡Ido, ido, ido más allá, ido completamente más allá, solo queda la claridad!".

"La sanación primordial del origen de la canción te es dada como emisario de mi benevolencia".

A partir de entonces, quienes acudieron a Long Nu en necesidad se encontraron con su rostro original.

Ahora iluminada, Long Nu preguntó: "¿A quién debo rezar ahora?". A lo que Kuan Yin respondió: "Reza a la

misericordia que une los corazones, al amor que atrae la bondad, a la generosidad que sirve a los necesitados, al perdón que lleva a los solitarios al dharma, a la compasión que motiva a los sin forma".

Como parte de su formación como sanadora, Kuan Yin impartió a Long Nu la técnica de la "palabra que gira" que nos lleva hacia la realización:

"La poesía es un atajo al subconsciente. Encuentra las palabras para expresar lo inexpresable. Saca la intuición a la superficie, revelando un yo más profundo. Es fluida en el amor y lo sagrado."

"Un poeta, como un soplador de vidrio, puede crear una celebración desenfrenada o un susurro revelador con la respiración."

"Los poemas navegan por las tierras remotas de la mente para cruzar el abismo hacia las tierras remotas del corazón, donde la razón tiene razones que no puede comprender."

"Flotan entre mundos miles de poemas dedicados a niños fallecidos y seres queridos que se fueron antes de poder despedirse. Palabras que traen consuelo."

"La poesía medicinal abre el centro del corazón, invita a la comprensión, invoca la luz. Al despejar el camino hacia el corazón, se dirige a esa parte de nosotros que perdura."

"Las cualidades medicinales de la poesía ofrecen sanaciones ocultas."

Kuan Yin dijo que tu trabajo consiste en sacar a la superficie esa sanación oculta en las propias palabras del individuo.

Hay palabras en nosotros.
Que no saben cómo salir a la superficie.
Palabras escondidas en nuestra médula,
temerosas de manifestarse,
preocupadas de que el mundo se acabe
si se pronuncian.
Palabras que cruzan
el río del dolor,
que desean decirle al mundo
cuánto amor se esconde
justo debajo de nuestro miedo.
Y algunas de estas palabras
a veces encuentran su camino
para vivir entre nosotros,
con la confianza de escucharlas,
palabras que hacen girar nuestra brújula,
ira y soledad redirigidas
por la comprensión y el perdón,
palabras como la misericordia y la compasión,
palabras que nunca confiamos en que existieran.
Las palabras se esconden en los lugares más extraños,
bajo las piedras, en las nubes,
en un instante de bondad amiga,
en un instante de tu generosidad;

en poemas que comienzan su primer verso
subiendo alegremente al corazón cantando
cuán cerca está la luna
cuando confiamos en la noche.
Las palabras incluso se esconden en otras palabras.
La misericordia se esconde en la pausa vacilante,
cuestionando cuánto se puede confiar
en la lengua, en la pluma.
Invocando su verdadera voz
emergen a la superficie
para cantar su canción original.

Dijo que esta medicina chamánica, que recupera la "palabra oculta" cuando el corazón de una persona está maduro, suele transmitirse mejor mediante la invocación del corazón, que aflora la intuición. Dando voz a lo que permanece oculto en una efusión inesperada que desbloquea los caminos hacia el corazón.

La palabra correcta en el momento oportuno es una medicina poderosa. Estas palabras son una bendición para aquellos estados mentales en los que las alternativas al sufrimiento parecen muy lejanas. Palabras que transmiten gracia, un atisbo de nuestra tranquila naturaleza subyacente.

Reposan en nuestra intención por el bienestar del otro. ¡Qué poderosas son estas palabras medicinales cuando se susurran al oído de una persona moribunda! O de quienes

quizás hayan olvidado momentáneamente la enormidad de su espíritu.

"La diferencia", dijo, "entre una palabra que gira y una palabra oculta es el tiempo que nos lleva descubrir lo que siempre ha estado ahí".

Hay una palabra repentina que puede hacernos
dejar atrás nuestro viejo equipaje
y emprender el camino en busca de nuestro verdadero
tesoro.
A veces puede llegar contando nuestras respiraciones
en lo profundo de algún arroyo inesperado, atravesando
el laberinto que rodea el corazón
desgastado por el esfuerzo, despejando
la maleza que nos deja
enamorados sin razón terrenal.

Palabras que nos llevan hacia la liberación, como lo hicieron "amado" para la monja moribunda, "generosidad" para el dador, "misericordia" para una madre demacrada, "perdón" cuando el corazón se ha convertido en piedra, "recordar" cuando hemos olvidado, "bondad amorosa" cuando eso es lo más alejado de nuestra mente, o "reconciliación" cuando dos personas con el mismo estado de ánimo dicen que "no tienen nada en común".

Inhalando, "¿Cuál es la palabra?"
Exhalando, "¿Oculto en todo?"

Cada inhalación descubre
lo que yace oculto y no nacido.
Inhalando y exhalando
en el manicomio o
en el cojín de meditación,
para encontrar una palabra
suficientemente sensata que nos salve.

Cuando le preguntaron a Long Nu cómo encontrar a Kuan Yin, ella respondió:

Deja que este cuerpo nazca. Permite que la consciencia
llegue al nivel de la sensación.
Siente cómo la respiración se respira a sí misma.
Inspirando, expirando.
Suaviza el vientre con cada movimiento consciente del
abdomen.
Deja que la respiración se respire a sí misma en un vientre
suave.
Sin resistencia, sin retención alguna.
Observa la consciencia como la luz del conocimiento
en la mente y el cuerpo.
La luz reconoce la consciencia.
Soltándose en el silencio de las sensaciones sin palabras.
Nada a lo que aferrarse, nada queda excepto el vacío
sagrado
que exuda misericordia.
Soltar es liberarse de aquello a lo que nos aferramos.
La rendición es victoria.

Surge una inesperada bondad amorosa.
Estoy allí, pura consciencia.

Capítulo 18

SHAN TSAI

El Rey Dragón también envió a Kuan Yin a su hijo adoptivo, Shan Tsai, el joven que se había atrevido a ir al mercado, para que fuera su asistente. Envió al amado niño, que anhelaba las enseñanzas tras haber sido rescatado de las calles fétidas de un pueblo asolado por la plaga, a estudiar en el reino iluminador del bodhisattva.

No fue tan fácil para Shan Tsai como lo fue para Long Nu, quien, al llegar a la presencia de Kuan Yin, se sintió inmediatamente realizada.

Tras observar la valentía y la franqueza del niño, Kuan Yin lo cubrió con su chal, le recitó el voto del bodhisattva y comenzó a impartirle las enseñanzas que tal compromiso requería: "Haz el voto, comprométete, sin ambición, a vivir con atención plena y sincera para el beneficio del prójimo y de todos los demás, lo mejor que puedas. El mérito no se adquiere con la práctica, sino con la liberación de tus cualidades innatas, el tesoro de tu naturaleza original".

La compasión de Kuan Yin puso a prueba la determinación del niño, desplegando ante él las dificultades del camino que había jurado seguir. ¿Podría tomarlo?, preguntó ella, a lo que él se inclinó y tocó sus pies con la frente. Y al levantarse, fue su discípulo y asistente para esta vida y las venideras.

Sentada un rato con el brillante joven, Kuan Yin le habló del sufrimiento y la desesperanza que había experimentado. Escuchó el temblor en su exhalación.

Sintonizando su respiración con la de él, lo sacó de su expectativa y su miseria. Al inspirar el aliento de Shan Tsai en su cuerpo, Kuan Yin vio la meta que le aguardaba si lograba mantenerse en el camino dorado. El camino de la atención plena y la misericordia, la iluminación en el centro de la conciencia y la claridad natural del corazón.

Nadie le había prestado jamás tanta atención. Sus respiraciones se entrelazaban, y ella dibujaba un *ahh* de él con cada exhalación.

Sabía, por debajo de su consciencia ordinaria, que este *ahh* era una contraseña para el corazón, una clave para el desapego que revelaba compasión. Más tarde, ella le demostraría cómo ablandar el vientre se convertiría en una palanca para el desapego.

Al experimentar el *ahh*, su maestra citó a otro, Sri Nisargadatta Maharaj: "La mente crea el abismo, y el corazón lo cruza".

Unidos en el paraíso tonal del *ahh*, la paz que sobrepasa todo entendimiento descendió sobre ellos.

Antes de nacer, la Naturaleza de Buda de Shan Tsai brilló y susurró en sus sinapsis.

Todos los Budas larvales se deslizaban precariamente hacia el Gran Océano. Algunos, muertos en la orilla, otros tan cerca que la próxima vez se sabrán el camino de memoria. Y algunos, desplomados, con el tercer ojo hacia abajo en la luminiscencia del borde, subiendo y bajando suavemente con la respiración dentro de cada ola.

En largos períodos de meditación, jurando no moverse, los sentidos se abrieron más profundamente. Podía oír y ver con claridad a la distancia. Al salir a la superficie, gradualmente más accesible a la compasión, la relajación que impulsa la liberación del cuerpo y abre el corazón aflojó las ataduras que comenzaban a desprenderse.

Al observar cómo cada momento, por doloroso o iluminado por el deleite, se disolvía en el siguiente, lo experimentó no tanto como una cosa, un sustantivo, sino como un proceso, un verbo. Era la creación en desarrollo. Ya no hipnotizado por la monotonía del pensamiento, su corazón saltaba encarnaciones. La mente, al volverse sobre sí misma, veía su

desarrollo como un proceso esencialmente impersonal. La mente tenía mente propia. El corazón iluminaba el sol.

La sanación que compartiría como uno de los rumoreados "bodhisattvas ocultos", que conduce, como Long Nu, al conducto para muchos que buscan respuestas que solo su verdadera naturaleza podría proporcionar.

Cabe destacar que, en algunas representaciones, Kuan Yin lleva una pequeña cesta en la que dos hijos de los peces nadan en la magnanimidad del dragón, un equilibrio perfecto para el jarrón lleno del néctar de la vida que lleva en la otra mano.

Al adentrarse en los reinos del servicio desinteresado y el cuidado de todos los seres sintientes, Shan Tsai y Long Nu rompen las ataduras que nos arrastran al infierno y, con la misma dificultad de abandonar, al cielo.

A veces, cuando meditamos,
no queda nada de nosotros,
solo la respiración,
todo lo que permanece inseparable
de todo lo que existe.
Kuan Yin pregunta: "¿Quién eres?"

Este "yo" fantasmal, que cambia de máscara como una ópera china en la superficie acuosa de la conciencia, es difícil de distinguir, sin importar cuánto nos inclinemos fuera del

barco o cuán pronto entremos, como Li Po, en el reflejo de la luna.

Cuando se le pide a la zarza ardiente del Antiguo Testamento que se identifique, atestigua: "Yo soy lo que soy". Dice que soy aquello a lo que se refiere "Yo soy". Soy la soidad, la base del ser, el vínculo con lo eterno.

Cuando resueno, incluso momentáneamente, con el zumbido del ser, sé que "Yo soy eso" emana compasión. Profundizando en la unión mística que anhelaba alcanzar antes de su desaparición, ella susurra en mi corazón:

Para que el lagarto evolucionara en ave, para cambiar de sangre fría a cálida, capaz de soñar, volar y cantar, algo que preexistía a su nacimiento simplemente continuó existiendo. El origen del canto nos dice que la evolución es iluminación. Quiénes somos realmente, el corazón de nuestra verdadera naturaleza, se encuentra bajo niveles de conciencia y capas de condicionamiento a medida que el canto seca nuestras alas.

De hecho, hasta que esa primera ave tuvo ese primer sueño de dejar de ser un lagarto, lo sagrado nunca se nos ocurrió.

Después de la enseñanza, Shan Tsai escribió:

Recorrimos la mitad de nuestra vida
Como si fuera un sueño febril
Apenas tocando el suelo,

Con los ojos entreabiertos
Con el corazón entrecerrado.
Sin saber quiénes somos
Vemos nuestro fantasma vagar
De habitación en habitación
A través de amigos y amantes
Nunca tan real como se anuncia.
No decimos que queremos decir la mitad
O decimos que queremos decir la mitad
Nos soñamos a nosotros mismos
De nacimiento en nacimiento
Buscando nuestro verdadero yo.
Hasta que la fiebre cede
Y el corazón no puede soportar
Un momento más
Mientras el resto de nosotros despierta,
Llamados del sueño,
Sin importarnos nada más que el amor.

Muchas personas que se han sentido atraídas por Kuan Yin la han adoptado como su guía espiritual, su *yiddam*, un término tibetano que designa a una consejera omnipresente, una deidad personal de otro mundo. Descubriendo la semilla original de la compasión en quienes han protegido y nutrido el valioso crecimiento de la misericordia mediante la práctica espiritual diaria. Requiere esfuerzo llegar a ser sin esfuerzo. Al cultivar sus cualidades de misericordia, bondad amorosa y disposición para servir, las vidas de Shan Tsai y Long Nu reflejan la presencia de Kuan Yin en sus corazones.

Jugando al límite de nuestro antiguo condicionamiento, se entregan diariamente a su Naturaleza de Buda original. Siguiendo los rastros que la intuición deja a través del cerebelo, penetran en el corazón-cerebro, la efusión natural de bondad amorosa de la gran Mente, donde yo y el otro nos fusionamos en Uno. Donde la compasión y el cuidado del bienestar ajeno son una respuesta inmediata.

Al buscar superar los obstáculos del corazón, nuestro egoísmo y autocompasión, el miedo y la pereza, nos convertimos en el árbol floreciente que prospera a partir de la semilla bien cultivada, para asemejarnos a la compasión de Kuan Yin, que protege el mundo.

Gracias a su total absorción en la compasión, se convirtió en el Buda sin forma del presente. Esta compasión indiferenciada le permitió albergar el sufrimiento del mundo en su corazón infinito. Como dijo el Dalai Lama: "Sin apego, no hay compasión".

Como Avalokiteshvara de la compasión, ofreció la gran enseñanza de que la vacuidad es la realización de la forma, y la forma, la participación de la vacuidad. Amor autoexistente.

"En algún lugar de nosotros hay un tesoro enterrado".

En la práctica espiritual surgen bendiciones que parecen demasiado buenas para ser verdad. Pero al ver que no hay

nada que no puedas conocer a un nivel más profundo, vas más allá de tu formación para descubrir aspectos de ti mismo que son indescriptibles.

A veces el corazón se abre espontáneamente. Hay terremotos en el cráneo que sacuden nuestro conocimiento y derriban todos nuestros trofeos de sus estantes. Un dolor agudo puede atravesar la cabeza. Dice: "¡Siéntate derecho! ¡Lo que naciste para ti está por llegar!".

Las placas tectónicas en el cráneo se mueven. Relámpagos en los lóbulos temporales. Ángeles, por decir lo menos, y la simple claridad que revela los mundos flotantes. Al comprender momentáneamente la naturaleza del ser, la mente se vuelve sobrenaturalmente paciente.

Un afloramiento del espíritu nos encuentra a mitad de la escalera de Jacob. Una palabra verdadera, una palabra sísmica, ha abierto la cima de la cabeza, revelando una caldera que expone estratos tras estratos de consciencia. Un nicho ecológico excepcional floreció con devas y espíritus mendicantes que aún siguen el camino sutil. Son los orígenes de nuestra canción primigenia, el origen de los orígenes, lo que revela un valle verde cuyo fondo es la pura esencia, la base universal del ser.

La única metáfora de este afloramiento espiritual, este despertar más profundo, es la serpiente que muda su piel para dar cabida a su crecimiento. A medida que el corazón

se expande, se encuentra en un cuerpo mayor que actúa en beneficio de un mundo más amplio.

Capítulo 19

REFLEXIÓN
SOBRE LA MADRE DE MISERICORDIA

No te avergüences de tu dolor.
Deja que penetre en tu corazón y que la misericordia te envuelva.
La bondad amorosa fluye a través del punto de dolor directamente al corazón.
El cuerpo se llena de calidez.
El Buda dijo: "Podrías mirar el mundo entero y nunca encontrar a nadie más merecedor de amor que tú mismo".
La misericordia cambia las reglas del juego.
Nuestro dolor cree que merecemos sufrir. Ten piedad de este extraño en ti. Deja que este extraño renazca en una conciencia misericordiosa.
¿Cuántas veces deberíamos considerar la muerte antes de permitirnos la vida del corazón?
Deja que su amorosa bondad abra el puño alrededor de tu corazón.
La Madre de la Misericordia reza para liberarnos de nuestra imagen
de perfección a la que tanto sufrimiento se aferra.
Cuando en la oscuridad de nuestra mente nos imaginamos imperfectos,

rezando para ser liberados por la iluminación, ella refina nuestras oraciones
rodeándonos con sus brazos
nos invita a apoyar la cabeza en su hombro
susurrando: "¿No sabes que
con todo tu miedo e ira
solo eres apto para el amor?".
Que puedan todos los seres liberarse del sufrimiento. Que puedan todos los seres estar en paz.

Capítulo 20

EL PERDÓN

Empezar a dirigir sentimientos de cariño y bondad a nuestros seres queridos y amigos, y poco a poco ampliar ese círculo para incluir a quienes ni siquiera conocemos. Recordarlos y desearles bienestar. Quizás incluso usar la frase tradicional: "Que puedas estar libre de sufrimiento, que puedas estar en paz".

Observa cómo expandir esta preocupación por los demás crea más espacio en tu corazón para ti también. Llamándote por tu nombre, di: "Que pueda liberarme de las dificultades, que pueda estar en paz».

Algunos días en una vida de compasión y bondad amorosa se dedican con gratitud a aprender a mantener el corazón abierto incluso cuando está cerrado. Conozco a personas extraordinarias, incluso consideradas grandes seres humanos, pero nunca he conocido a nadie cuyo corazón esté siempre abierto. Incluso el Dalai Lama habla de la ira que surge y de decir cosas que, para su disgusto, nunca se pueden retractar. Perdonar a uno mismo y a los demás es una forma de permanecer presente en lugar de perderse en

el remordimiento por errores del pasado. El perdón obra milagros.

Meditación del Perdón

Piensa en una persona con la que sientes distancia.

Y, como un experimento de verdad, invita a esa persona que sientes que te ha hecho daño a tu corazón por un momento. Imagina su presencia, mírala allí de pie y observa atentamente lo que sientes en su proximidad. ¿Qué sucede cuando te acercas a esa persona con la que tienes asuntos pendientes, en lugar de alejarte de ella?

Observa los sentimientos que surgen y cómo inhiben tu capacidad de cambiar el rumbo: miedo, juicio, culpa, ira. Deja que estos sentimientos vayan y vengan.

Ahora, en tu mente, mira a esa persona y dile que la perdonas. "Te perdono por cualquier cosa que hayas hecho en el pasado que me haya causado dolor, con tus palabras, con tus acciones, incluso con tus pensamientos. Sea cual sea el dolor que me hayas causado, intencional o involuntariamente, te perdono".

Observa cómo el simple hecho de decirle "te perdono" a esa persona, aunque aún no tenga mucho impulso, suaviza las defensas, ya que al menos contempla la posibilidad del perdón.

¿Cómo te sientes cuando empiezas a perdonar a los demás para tener más espacio para ti en tu corazón?

Ten piedad de ti mismo teniendo piedad de los demás. Perdónalos. Permite que se sientan conmovidos por la posibilidad de tu perdón. Déjalos entrar en tu corazón. Perdónalos por los momentos en que sus corazones aún no pudieron ver. Ten piedad de ti mismo, perdónalos.

Es muy doloroso sacar a alguien de nuestro corazón. Mata muchas partes de nosotros.

Perdona como deseas ser perdonado. Perdona como quizás deseas que alguien que te ha sacado de su corazón te deje entrar de nuevo. En tu discurso al corazón, podrías decirle: "Te pido perdón por cualquier cosa que haya hecho que te haya causado dolor, intencional o involuntariamente. Cualquier cosa que haya dicho o hecho que te haya causado dolor, te pido que me perdones".

Y, como continuación de este experimento de sanación, permítete volver a su corazón y sentir su misericordia. Permítete ser perdonado. Permítete ser tocado por la posibilidad de su perdón. En tu corazón, transmítele gratitud y ábrete a su perdón.

Luego, volviéndote hacia ti mismo, di: "Te perdono". Al principio, podrías decirlo con una dificultad que desafía el corazón de la misericordia, pero repítelo: "Te perdono".

¿Cuánto tiempo puedes soportar este autojuicio, este miedo a ti mismo? ¿Qué sucede cuando te perdonas?

Si tu mente, despiadada, te dice que es autoindulgente perdonarse, reconoce esta mente cruel, sin sanar, tan enojada y tan dolida.

Déjalo entrar. Inhala ese perdón a través del punto de duelo, directamente al punto de contacto del corazón. Cada respiración extrae el perdón de lo más profundo de tu ser.

Volviéndote hacia ti mismo con el perdón en tu corazón, llámate por tu nombre y dite: "Te perdono" y siente cómo tu corazón se llena de misericordia.

Somos parte de la difícil situación y la sanación de toda la humanidad. Así como nosotros deseamos ser libres, también lo desean todos los seres. Deja que tu preocupación por el bienestar de los demás irradie hacia todos aquellos que también desean liberarse del dolor.

Y en tu discurso del corazón, diles a quienes te rodean, en tu memoria: "Que puedas liberarte del sufrimiento. Que puedas estar en paz".

Que tu misericordia, tu perdón y la dulce satisfacción de tu corazón al aceptar ser perdonado llenen la mente y el mundo de amorosa bondad.

Que esta conexión misericordiosa contigo mismo siga expandiéndose hasta que el mundo entero flote como una burbuja en el océano de compasión que es tu corazón. Que tu misericordia, tu perdón y tu amorosa bondad abracen a este planeta sufriente.

Y escucha en tu corazón la voz de innumerables corazones que se alzan a coro: "Que todos los seres, en todas partes, se liberen del sufrimiento. Que todos los seres estén en paz".

Muchas personas pueden notar que han elegido a la misma persona para ambos aspectos de la práctica del perdón: perdonar a alguien y, alternativamente, pedirle perdón.

Stella, un ejemplo doloroso de sentimientos contrapuestos de resentimiento y deber, dijo sobre la atención a su padre moribundo, quien una vez lo maltrató: "No hice lo que debía haber hecho por mi papá cuando se estaba muriendo. No estuve con él. Debería haber estado allí. Murió solo".

Estamos tan condicionados a sentirnos culpables que a menudo nos resistimos a admitir cualquier enojo hacia la persona a la que sentimos haber defraudado. No podemos esperar que la mente sea racional en tales circunstancias. Tras haber herido a alguien que sentimos que nos lastimó, el vértigo de la culpa y la vergüenza se desborda. Intentamos ocultar lo que consideramos una aberración, pero la dificultad para perdonarnos persiste. Sin darnos cuenta, por extraño que parezca, de que solo cuando perdonamos a la otra persona podremos perdonarnos a nosotros mismos.

Quizás tengas que perdonar a la persona de la que más deseas perdón. Cuando lo hagas, podrás abrirte a ti mismo con el corazón abierto.

QUE PUEDAN TODOS LOS SERES
SE LIBERARSE DE LOS OBSTÁCULOS A LA COMPASIÓN.

QUE PUEDAN TODOS LOS SERES
ESCUCHAR CON EL OÍDO DE LA MISERICORDIA.

Capítulo 21

EL MAITREYA GRADUAL

Hay un antiguo y esforzado espiritual que dice: "Prepárense, que viene un tren", lo que podría referirse al vehículo que nos lleva de regreso a nuestro Corazón Original. Maitreya, quien podría ser el anciano monje mendigo chino Pu Tai, cuyo nombre significa "armonioso con esto", del que se rumorea que es el corazón de la era venidera, regresa con su saco lleno de regalos iluminados para los niños. El Buda, que no puede dejar de reír ante lo absurdo de las cosas, cabalga hacia aquí como un vaquero de rodeo sobre el dragón de Kuan Yin.

Maitreya, la siguiente ola de sabiduría y compasión, el Buda sin forma, lleva ya algún tiempo entrando. Potencia las enseñanzas de la bondad amorosa y el poder de despejar el camino con una conciencia misericordiosa.

Maitreya, un altruismo en lo más profundo del corazón de Pu Tai, cruzó las grandes aguas disfrazado de un mito aceptable, o a veces de una baratija japonesa de madera, con las manos en jarras hacia los cielos, hace aproximadamente un siglo para inspirar sueños que curan y sanaciones.

Reconociendo la necesidad de transmitir un Dharma expandido del corazón, quizás tan silenciosamente como la transmisión de Gautama a Kassapa en una flor. El espíritu de Maitreya sabe que debe cultivar la estación del corazón de una manera que no sobresalte el miedo al cambio que experimentan incluso quienes abandonan el infierno. Introduciendo su espíritu altruista en cuentos infantiles tradicionales o disfrazado de un pequeño y gordo Buda, una curiosidad, alzando las manos al cielo en polvorientas tiendas de baratijas del barrio chino. El japonés Ho Tai, tras haber cruzado el estrecho, ahora viene a sanar a América, entrando en los hogares como un recuerdo olvidado.

Las montañas y los ríos conocen mejor a Pu Tai Maitreya. Viviendo en el muro este de antiguos templos, recordado sobre todo en lugares sagrados, esperando su momento, quizás olvidado en el fondo de un cajón abarrotado junto a alguna esbelta diosa, talismanes de nuestra enormidad innata.

Maitreya es la creciente relación con nuestra verdadera naturaleza a través de traducciones del budismo y la sabiduría hindú durante casi doscientos años. El poeta y periodista Rick Fields relató lo que parece ser el cisne de Maitreya posándose en las grandes aguas de Occidente. La historia de Rick sobre el inicio del budismo en Estados Unidos, rompiendo el huevo y preparando nuestra tortilla, Maitreya dice: "¡El desayuno está servido!". Y para equilibrar esta efusión del siglo XIX, junto a nuestro periódico matutino estaban los Upanishads.

Maitreya regresa como una tendencia a equilibrar la desarmonía. Un giro de la cabeza hacia el corazón. Una bondad que nos recuerda ablandar el estómago y abrir el corazón para servir a los demás y mantener la fe; y dejar escapar la sonrisa que inspira alegría, o al menos la media sonrisa, que Thich Nhat Hanh recomienda.

Maitreya representa a todos los bodhisattvas ocultos y bodhisattvas en formación, seguidores de mente recta comprometidos con el bienestar de los demás. Aquellos que intentan mantener la intención de servir a las dificultades que el camino ha traído a la luz. Incluye, por supuesto, a aquellos comprometidos con el bienestar de los demás que nunca han oído hablar del voto del bodhisattva.

No es fácil mantener el corazón abierto en el infierno ajeno. La voluntad de servir puede agotar incluso a los más sinceros: los terapeutas enredados y los sacerdotes llorosos de todas las religiones; los maestros espirituales que escuchan buscando una salida a los contenidos crudos de nuestras mentes en conflicto; los transeúntes "enviados por Dios" en el supermercado que abrazan a los deprimidos mientras se deconstruyen en medio del pasillo, diciendo que no saben cómo comprar solo uno. El vecino de confianza, el amable desconocido y todos aquellos que se inclinan amablemente a aliviar el dolor de un mundo a veces miserable.

Los guardianes de la paz, los maestros de corazón, los protectores de la tierra, los jardineros de la Naturaleza de

Buda, que trabajan codo a codo sirviendo a los quebrantados, desdichados y pobres en albergues, prisiones y hospitales. Esos ángeles encubiertos que ofrecen generosamente toda la fuerza espiritual disponible; aflojando dedo a dedo el puño del miedo que oprime el corazón. Los que sanan a los heridos, que ofrecen palabras ocultas que recuerdan al corazón durante el día y las palabras que nos guían en nuestros sueños.

Los bodhisattvas más elevados, como Kuan Yin, son la existencia constelada en forma como cortesía a quienes extienden la mano. Desatan enredos, alinean las órbitas inestables de las estrellas errantes e invocan la empatía suprema, inseparable del amor incondicional.

Maitreya llega ahora como la nueva ciencia, la ciencia del cerebro y la mente. La investigación más reciente compara las imágenes electromagnéticas (similares a los encefalogramas) del funcionamiento del cerebro-mente con el funcionamiento del cerebro cerebral, que piensa por nosotros e insiste en que es la única realidad, en comparación con las emanaciones, aparentemente mucho más distintivas, del centro cardíaco, que lo observa todo sin juzgar. La corteza cerebral nos exhorta a mantener la vista en la tarea en cuestión, mientras que las emanaciones del corazón nos sugieren ser conscientes o perder la sanación para la que nacimos.

La mente cerebral, identificada con su condicionamiento, ganancia y pérdida; y la construcción continua de la

autoimagen es el pequeño yo, mayormente egocéntrico. Se guía por la aversión al dolor y el miedo, y la atracción al placer, el puesto y la decepción. Individualista, aislada. Más romántica que altruista.

El corazón-cerebro, el Ser universal, posee una perspectiva más amplia. Incluye también a quienes sufren y el poder de observar con clara compasión la naturaleza de la mente mecánica. Al considerar el dolor como una enseñanza compasiva, encarna el voto del bodhisattva de trabajar en uno mismo como una responsabilidad hacia todos los seres sintientes, cultivando una conciencia misericordiosa, la bondad amorosa, la generosidad, el perdón y la gratitud; explorando nuestro potencial para ser cada vez más amorosos. Cuando la mente-corazón abraza la mente mecánica, permitiéndole ver más allá de sí misma, algunos descubren que la mente incondicionada es indistinguible del amor incondicional.

El emisario de Kuan Yin, Tian, pintó a Maitreya como una mancha de forma, un monje errante, con una bolsa de limosna colgada del hombro izquierdo, sonriendo como lo harían los budas posteriores. Una enseñanza oculta que rompe la tristeza en su bolsa de regalos, la misericordia y el fin de la locura, la gema sanadora de la bondad amorosa y la atención bondadosa. Alegría en la quietud entre pensamientos. Su imagen es la verdadera ilusión revelada al ojo oculto: una cascada humeante lo envuelve, una faja oscura une el cielo con la tierra. Su cabeza, amablemente

inclinada. Ojos como partículas de carbón comprimidas bajo el peso de diez mil extinciones y reapariciones. Como Kuan Yin, el mismo Buda diferente.

Los pintores tradicionales no se atrevieron a poner su sello rojo en una pintura así; no querían presumir ni perderse una palabra oculta.

Tras encontrarse antes de tiempo, Kuan Yin guardó a escondidas un talismán adicional para los niños afligidos en el saco de regalos del Maitreya Gradual. En el gran botiquín de renovación de Pu Tai, además de las lágrimas medicinales de Kuan Yin, se encontraban también la perla de gran luminiscencia de Long Nu y la bendición de la Tara tibetana de absoluta quietud. Y desde Miao Shan, un recordatorio de servicio a todos, desde un mundo de salvajes menguantes hasta los lechos de clérigos moribundos, otorgando el voto del bodhisattva.

Para retribuirle su gratitud, Pu Tai robó los melocotones de la inmortalidad, que esperó tres mil años para que maduraran junto al árbol celestial de la vida, para que Kuan Yin pudiera llevárselos consigo y vivir eternamente para estar presente cada vez que Maitreya regresara con la luz que la reconocería con mayor facilidad.

Capítulo 22

DEVOCIÓN A LA COMPASIÓN

A veces, la devoción solo puede ir hacia dentro. Observamos nuestra resistencia a acogernos plenamente en nuestro corazón, a llamarnos por nuestro verdadero nombre, a volvernos hacia nosotros mismos y a inclinarnos ante el Amado.

La tendencia a la devoción es una manifestación natural de nuestra tendencia subyacente al amor. Esta tendencia, que puede ser mayor que cualquier objeto de devoción en particular, puede quedar insatisfecha hasta que encontremos nuestro lugar en el mundo, nuestro amor, nuestra práctica de vida.

La devoción incluye la devoción a todo. A la pareja, a la familia, a los amigos; de hecho, a todos los seres sintientes, a la naturaleza misma, a la tierra y a todos los seres en todos los niveles de existencia, visibles e invisibles.

La devoción nos invita a llegar al límite del mundo plano y a mirar más allá de lo predecible hacia las tierras salvajes que se encuentran más allá de la mente racional, adentrándonos

en reinos que solo la confianza que el amor engendra puede llevarnos a través de ellos.

Cuando amar se vuelve aún más importante que ser amado, se experimenta la verdadera devoción. Un amor que no depende de obtener lo que deseamos, sino de ofrecer lo que el mundo y nuestros corazones anhelan.

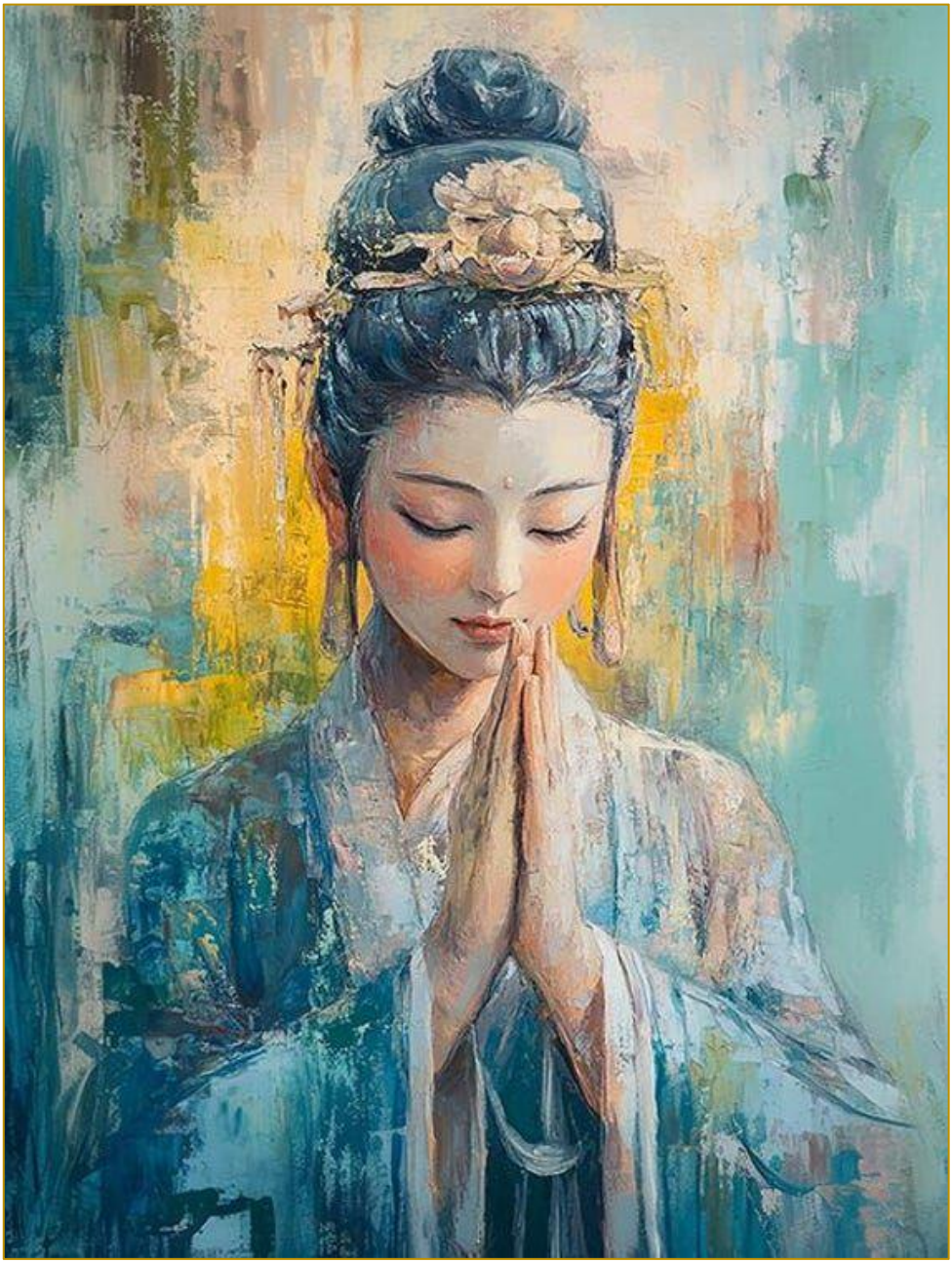
Dedicado al autodescubrimiento, a aquello que indaga en su propia naturaleza, a descubrir el Ser en uno mismo, percibido en un camino previamente desconocido.

La devoción es entrega. La entrega comienza en el vientre y asciende hasta el corazón. De vez en cuando, una oración, una intuición o una respiración consciente la elevan hasta la coronilla.

Acariciando el vientre, liberando una respiración tras otra, ascienden por el corazón, y renunciando al cielo, continúan ascendiendo más allá de los prados florecientes tras la frente, para ascender a lo que venga después. Cada respiración llena de la bondad en la que más confiamos. Cada respiración respirada como si fuera la última. Cada respiración respirada para el beneficio de todos los seres sintientes.

Al conectar con nuestra naturaleza esencial que se expande en lo profundo de nuestro ser, existe una mayor vulnerabilidad a la verdad en el corazón sagrado, el corazón alado, el corazón radiante, el corazón de la Torá, el corazón

del Gita, los Salmos, el cántico original, mientras nuestros pies se elevan del monte, mientras nos sentamos en el desierto, doblados cuarenta días junto a la roca, mientras entregamos incluso la esperanza bajo el árbol bo para que nada oscurezca el fuego sagrado, el corazón en el que otros corazones se disuelven.



Capítulo 23

PERDIDO Y ENCONTRADO

Tras meses sentado cada noche a los pies de Kuan Yin para transcribir su libro, una mañana, al despertar, ansiosa por terminar la transmisión de la noche anterior, mi página estaba en blanco. Mi mente no recordaba nada. La transmisión directa de Kuan Yin no aparecía por ningún lado. No la encontraba por ningún lado. Para mi consternación, no había ni una sola palabra que escribir. Al girarme para mirar una pequeña Kuan Yin de bronce en la mesita de noche a mi lado, solo había un trozo de metal fundido. ¡Nuestra conexión parecía rota!

Desde su infinita compasión, me ofreció su ausencia como una enseñanza para ir más allá. Para descartar la idea de ella como algo separado, ya no definido por la forma, sino como una vacuidad activa.

Me llamó a superar mi adicción al placer de su compañía y a sumergirme en las profundidades sin rasgos distintivos de la compasión misma. A inclinarme ante mi naturaleza revelada; esa Tierra Pura entre los ojos, la sabiduría primordial tras el entrecejo. Su ausencia fue su más preciado estímulo para encontrar lo real.

La imagen que había sido objeto de aliento y gratitud se convirtió, en mi apego a ella, en una lección práctica sobre la causa del sufrimiento y su fin. Era el dolor que acaba con el dolor. Claramente, no era Kuan Yin quien me causaba angustia, sino un remanente de la voluntad de poseer a lo Divino, de mantener cerca la satisfacción.

Recordé a una antigua devota de Kuan Yin diciendo: "Para acercarnos más, ella mantiene su ilusión juguetona de estar separada de nosotros".

Aunque nos percatamos del dolor del deseo, no podemos ignorar el anhelo del corazón por conocer su verdadero ser. En la satisfacción del deseo temporal, hay un momento de cesación en el que, al experimentar ese estado mental de "satisfacción" al que somos adictos, al ocurrir la gratificación, el deseo cesa por un instante y vislumbramos la luz de la Gran Satisfacción subyacente. El deseo y la necesidad habituales se separan como el Mar Rojo, y vemos lo que hay más allá. La Gran Satisfacción brilla a través de nosotros, ya sea que la llamemos completamente vacía o completamente llena, Dios o Dharma, dicha o gratitud ilimitada.

El anhelo de Kuan Yin por liberar a quienes aún no pueden ver, la esperanza de Jesús y María, el arrepentimiento del Buda por no haber podido alcanzar a todos, mantienen activo al bodhisattva humano que llevamos dentro en esta terrible y maravillosa llanura. Gandhi nos animó a creer que su Dios estaba a su lado cuando las balas impactaron. Ese

anhelo puro, hecho de fuego y alegría, nos enfrenta con razón.

El corazón tiene vida propia. A veces su impulso nos lleva más allá de nuestra comprensión y espera pacientemente a que lo alcancemos. Nos encontramos amando sin razón alguna. Simplemente estamos enamorados, y de todo lo que se acerca, estamos "enamorados". Pascal dijo que el corazón tiene razones que la mente no puede comprender. Parafraseando a Thomas Merton: "La unión (yoga del corazón) se aprende cuando la oración se ha vuelto imposible y el corazón se ha convertido en piedra". Cuando ninguna obstrucción, ni en forma ni en concepto, confina la claridad ilimitada de una conciencia misericordiosa, estamos en el corazón del asunto. El amor es la forma más alta de aceptación; el miedo, la resistencia de la no aceptación. El amor, se podría decir, es el cielo; pero el cielo sin compasión es el infierno.

La presencia de Kuan Yin es la morada de la compasión en la que vivimos; la profunda satisfacción de la generosidad y la gratitud, la bondad amorosa y la alegría compasiva, el perdón, la paciencia, la misericordia y un compromiso de por vida con el autodescubrimiento y el bienestar de los demás.

Sobre el autor

Stephen Levine y su esposa y compañera espiritual, Ondrea, llevan más de treinta años enseñando prácticas de meditación budista a estudiantes del Dharma, prisioneros y enfermos. Sus charlas y entrevistas en Levinetalks.com han gozado de gran prestigio, y sus hábiles métodos se han adoptado en diversos hospicios, hospitales y universidades. Las meditaciones guiadas de Stephen han sido especialmente útiles para moribundos y personas en duelo, así como para descubrir sanaciones ocultas.

Los libros de Stephen se han traducido a dieciocho idiomas. Son:

Un despertar gradual, Quién muere: Una investigación sobre la vida y la muerte conscientes, Encuentros al límite: Diálogos con los afligidos y moribundos, Sanando la vida y la muerte, Meditaciones guiadas: Investigaciones y sanaciones, Abrazando al amado: La relación como camino hacia el despertar (con Ondrea), *Dolor desatendido: Recuperarse de la pérdida y revitalizar el corazón, Volviéndose hacia el misterio: El viaje de un buscador, Un año para vivir: Cómo vivir este año como si fuera el último, y En la época de los budas sonrientes: Abriendo el ojo de la belleza de un paisajista de la dinastía Sung.*

Visítalo en www.levinetalks.com

Que puedan los méritos y virtudes resultantes
de esta enseñanza, sus traducción y su difusión
distribuirse por todos lados sin discriminación
y despertar a los seres a la Mente Bodhi.
Que puedan los méritos y virtudes resultantes
adornar la Tierra Pura del Oeste.
Que pueda la inmensamente compasiva Kuan Yin
surgir y morar en nuestros corazones.
Que podamos renacer de un Loto en Sukhavati
contemplar el radiante rostro de Amitabha
y alcanzar la suprema Iluminación
para regresar al oscuro océano del samsara
a rescatar a todos los seres sintientes.

«***Busca a Kuan Shi Yin dentro de ti, no fuera***«

– Shifu Hsuan Hua –

.

南无观世音菩萨

Namo Kuan Shi Yin Pusa

Tomo Refugio en la Bodhisattva
'La que Percibe los Lamentos del Mundo'

CAMINO BLANCO

El Camino del Recuerdo del Buda

https://elcaminoblanco.wordpress.com/

KUAN YIN

La Puerta Universal de Kuan Shi Yin 觀世音

https://kuanshiyinpusa.wordpress.com/

MAITRĪ – मैत्री

Dharma Comprometido

https://maitridharmacomprometido.wordpress.com/